

ESPARTERO: UNA FIGURA DE LEYENDA*

Rafael VIDAL DELGADO
Coronel de Artillería, DEM

Introducción

LA figura de Espartero llena la primera mitad del siglo XIX y resulta una clara referencia a los intentos democratizadores españoles para la segunda mitad. Como militar ocupó veinticinco años de su vida — contando desde su salida de la Academia Militar hasta su ascenso a Capitán General— de los cuales diecisiete años estuvo en campaña, de tal forma que se le concedió la Cruz de San Hermenegildo a los quince años de servicio, cuando es preceptivo que sea a los veinticinco, excepto si se está en campaña, durante la cual el tiempo se cuenta doble. Como político en activo su carrera fue aún más corta: un trienio en la década de los cincuenta (tenía cuarenta y dos años). En total, algo más de treinta años si contamos el tiem-

* En 1993, con motivo del 150 aniversario de la revolución de 1843, que provocó la caída del entonces Regente del Reino de España, general Espartero, se me invitó a dar una conferencia sobre su figura. El evento cultural, que debía realizarse en Málaga, por motivos organizativos se suspendió cuando yo apenas había iniciado mis investigaciones. Desde el primer momento me cautivó la enorme personalidad del personaje, aunque mis trabajos quedaron arrinconados. No obstante, cuando en 1998 me matriculé en los cursos de doctorado en Historia por la Universidad de Granada, solicité al director de tesis que deseaba desarrollar una específica sobre el tema haciendo hincapié en su pensamiento militar. Antes de profundizar en lo que iba a ser el tema específico de la tesis, *El pensamiento militar de Espartero*, me dediqué a conocer al personaje, resultando de ello el contenido del presente artículo.

po como soldado distinguido y ¿qué es eso para un hombre que vivió cerca de noventa?

Por lo expuesto me pareció apasionante, porque su corta vida en activo la vivió intensamente, abarcando momentos y períodos trascendentales para la Historia de España, como la independencia americana y la primera guerra civil carlista.

A pesar de que el tiempo transcurrido podría posibilitar que el siglo XIX pudiera verse con plena objetividad, la perspectiva histórica ha estado mediatizada por componentes políticos, prohibiendo fuentes importantes para los historiadores y mutilando diversos aspectos en un afán de glorificar el pasado. Por ende, otros historiadores, en esa ley inevitable del péndulo, hacían hincapié en esas fuentes proscritas, eludiendo las demás, provocando que sus tesis tampoco fueran acertadas con la realidad.

El siglo XIX es para España un siglo vital para su propia identidad histórica según unos y, preferiblemente que no hubiera existido, según otros. Durante más de cien años España se encerró en sí misma, sin asomarse a ningún foro internacional, exceptuando los cinco años de gobierno de la Unión Liberal. Si hubiera que buscar una palabra que resumiera el siglo, ella podría ser la de *inestabilidad*: **inestabilidad en el orden político**, nada menos que cien gobiernos tuvo España entre 1820, en donde por primera vez se denominaban Consejo de Ministros, y 1874, coincidiendo con la restauración borbónica; **inestabilidad militar**, consecuencia de la política, con más de dos mil pronunciamientos, levantamientos, revoluciones, etc... con implicaciones de unidades armadas, cuatro guerras civiles¹ que ensangrentaron las tierras españolas y crearon odios y resentimientos, cuyas secuelas aún sufrimos, y como colofón del variopinto siglo el esperpento del nacionalismo exacerbado, plasmado en el cantonalismo de 1873 (los problemas militares no fueron exclusivamente internos de la Península Ibérica, sino que se combatió en África, México, Cochinchina, Italia y, como último eslabón del siglo, en Cuba, Puerto Rico y Filipinas); **inestabilidad social**, con las revueltas campesinas e industriales, motivadas por la permanente opresión del terrateniente y del capitalista incipiente.

¹ Muchas veces se olvida incluirla como guerra civil la entrada en España de los llamados «Cien Mil Hijos de San Luis», pero fuentes de la época la denominan de esta manera, ya que aunque duró unos pocos meses, el Ejército español se dividió en dos y hubo enfrentamientos fratricidas.

El general Espartero fue una figura señera del siglo XIX. Nadie como él protagonizó en exclusiva un símbolo, el de la democracia liberal. Los avatares políticos del siglo provocaban la execración de la figura de Espartero o su exaltación hasta niveles de santidad, tal como lo expone Christiansen en su libro *Los orígenes del poder militar en España 1800-1854*, que citando crónicas de viajeros ingleses indica textualmente:

El predicador en un largo sermón militar, le ensalzó por su nombre, casi hasta la divinidad; qué digo, hasta aludió a la circunstancia de que la victoria final en Bilbao y el nacimiento de nuestro salvador ocurrieron en el mismo día del año, como si estuviera hablando de sucesos muy análogos ...

En las fuentes consultadas a pesar de que son la mayoría documentos de la época, no existe, por las causas anteriores, unanimidad de criterios al analizar aspectos tan sencillos de la biografía de Espartero como son su educación militar o sus antecedentes familiares. Por ello, es relativamente frecuente encontrar que afamados historiadores lo califican de ignorante al haber ascendido por méritos de guerra (de *valor* más propiamente dicho) desde soldado a general.

Con este estudio no se pretende exponer la «verdad» sobre el general don Baldomero Espartero si no que, como hace un investigador al reconstruir el acaecer histórico, a través de unos restos, lo que haremos será presentar su figura desde tres facetas: humana, militar y política. Después de ello, tal vez comprenderemos también mejor el siglo XIX español.

He buscado incansablemente estudios, apuntes y biografías actuales sobre el general Espartero con resultados infructuosos. Con excepción de algún que otro libro, más de carácter divulgativo que de verdadera investigación histórica, los únicos trabajos exhaustivos sobre el General datan del siglo XIX, con lo cual se encuentran llenos de la pasión del momento. Al mismo tiempo las referencias a su figura de prestigiosos historiadores, como el ya citado Christiansen, Stanley G. Payne y Hennesy, por citar tres hispanistas extranjeros, o Tuñón de Lara, Jover, Pericot, etc..., porque la lista sería interminable, están profundamente mediatizadas por las fuentes en las que han bebido, de acuerdo a que sean o no favorables a su persona política.

He procurado establecerme en el plano de la objetividad, analizando y contrastando los mismos hechos relatados por dos fuentes distintas, intentando extraer la auténtica verdad sobre el personaje.

Sus primeros años

Nació nuestro hombre el 27 de febrero de 1793 en Granátula, comarca del Campo de Calatrava, que se incluye en la actualidad en la provincia castellano-manchega de Ciudad Real. La villa está construida sobre las ruinas de la antigua ciudad romana de Oreto, cuna de Venusto Publio Véneto.

Oreto fue capital de la Oretania, una de las diócesis en que se dividía la provincia romana de la Tarraconense. Como tal tuvo obispo y aún se conserva un puente de aquella época.

Su casa natal era como una de tantas que debieron existir en el citado pueblo. Madoz, en su diccionario geográfico de mediados del XIX, indica que el pueblo se componía de trescientas sesenta y cinco casas y tres de regular estado, siendo una de estas últimas el ayuntamiento, considerando al resto algo deficientes. Segundo Flores, uno de sus biógrafos, casi se diría hagiógrafo de Espartero, señala que Granátula contaba con cuatrocientos vecinos, lo que coincide con Madoz. La ocupación de sus habitantes era el campo, la manufactura del esparto y la fabricación de blondas y encajes.

Muchas biografías datan su nacimiento el 27 de octubre, incluso en su *Hoja de Servicios* se consigna esta fecha. No obstante el propio General, en telegrama de 11 de marzo de 1871 al ministro de la Guerra, rectifica la misma y la sitúa en febrero.

Era el menor de nueve hijos que en su matrimonio tuvieron Manuel Antonio Fernández Espartero y su esposa, Josefa Álvarez de Toro. Se le impuso por nombre Joaquín Baldomero. Sus biógrafos, en afán de exaltarlo —Don Baldomero se prestaba gustosamente a ello— impusieron su nombre completo como Joaquín Baldomero Fernández-Espartero y Álvarez de Toro, lo cual era más sonoro y hacía revivir tintes aristocráticos, aunque de hidalgo venido a menos. No obstante, él optó por llamarse, desde el primer momento, como Baldomero Espartero.

Su padre disponía de unas tierrecillas que daban poco para vivir, y más teniendo en cuenta la gran cantidad de hijos que vinieron al mundo; por ello, se dedicó al oficio de carretero, —constructor de carruajes, en realidad— y tenía su taller en Granátula. Los biógrafos opuestos al personaje lo denominan con aire despectivo hijo de un carretero. En realidad y tomando en sus justos términos el oficio, hay que considerar que el padre tenía lo que hoy se podría denominar un taller de reparación de automóviles. Como artesano no es probable que abundara en dinero, pero sí podía considerarse desahogado para su gremio.

Parece que don Manuel tenía afán de superación y de hecho procuró proporcionar a sus hijos una educación intelectual superior a la suya. Tres

hijos entraron en religión y una hija profesó en las clarisas de La Calzada de Calatrava, lo que puede dar idea del dispendio económico que le tuvo que suponer.

En 1806, con trece años, parte el joven Espartero de la casa paterna con un cuidado bagaje intelectual —ya que había recibido clases de latín y humanidades— en dirección a Almagro, donde se encontraba su hermano Manuel, fraile dominico del convento de la Asunción.

Almagro era ciudad universitaria literaria, con universidad fundada por el emperador Carlos V en 1553, permaneciendo como tal hasta 1824.

No existe consignación alguna del objetivo de Espartero al iniciar sus estudios de Filosofía, pero el conocimiento de sus actividades infantiles y juveniles no es buena muestra de que quisiera dedicarse a las letras o profesar en religión.

Algunos biógrafos hacen preludivar sus dotes militares en sus años infantiles, cuando jugaba a la guerra y capitaneaba un grupo de chiquillos. Citan también como ejemplo la invención de un artilugio, a modo de cañón, con el que lanzaba piedras a mayor distancia que con la mano. En realidad sus juegos no son premonición de su carrera militar o política: eran simplemente juegos infantiles y la existencia del taller de su padre, en donde podían fabricar sus armas de juguete, la característica de su preeminencia sobre el resto de la chiquillería.

Estando en Baza con su hermano, fue ocupado Almagro por las fuerzas del rey José en 1809, y dado que corrían aires patrióticos que se avenían bien con el carácter del joven Baldomero, se traslada a Sevilla donde se alista como *soldado distinguido por el Inspector* (gracia concedida por las gestiones de su hermano Manuel) en el Regimiento de Infantería de Ciudad Rodrigo (hay autores que consignan de Ciudad Real), de guarnición en dicha ciudad y que albergaba a la Junta Suprema Central.

En sus reflexiones en edad madura, recuerda el General aquellos momentos cuando consideraba a los españoles como raza superior a la de los extranjeros, que había rápidamente que expulsar. La desgraciada batalla de Ocaña, primera acción en la que participó (a los nueve días de alistarse), le hizo ver las cosas con más claridad: *Aquel día principié a ser hombre.*

Debió ser dura la experiencia para un joven de dieciséis años. Alistado en Sevilla, inmediatamente sale su regimiento a marchas forzadas (cincuenta kilómetros diarios) para reunirse con el Ejército del Centro del general Areizaga, visto que la Junta Central, tras la batalla de Tamames entre las fuerzas del duque del Parque y el francés Marchand, considera que las tro-

pas españolas están preparadas para enfrentarse a las imperiales en una batalla decisiva para reconquistar Madrid.

PERFIL HUMANO DE ESPARTERO

Dejemos en este punto biográfico al joven Baldomero y analicemos algunos de sus rasgos humanos.

El conde de Romanones, uno de sus biógrafos, lo retrata cuando tenía treinta y dos años, como *de estatura mediana, por el conjunto y proporciones de su cuerpo no daba la impresión de su pequeñez*. Recoge aspectos importantes de su personalidad al describir sus ojos *...claros, de mirada fría, dura y vaga*, y su rostro: *la impasibilidad era la nota característica de su fisonomía; sus músculos faciales no se contraían en momento alguno, ni aún en los más graves, ni teniendo enfrente la muerte*. Por último: *Su porte todo resultaba militar, que sin vestir el uniforme denunciaba su profesión*.

De su sangre fría existen pruebas fidedignas, como en América, que se hizo pasar por un cabecilla revolucionario y engañó totalmente a una partida, llevándola a una celada.

En la llamada *Conjura de Oruro*, se pretendía un levantamiento de la guarnición militar en apoyo a los rebeldes independentistas peruanos. Enterado del asunto, siendo comandante militar de la plaza, reunió a la oficialidad en una fiesta y al finalizar la misma, planteó la realidad desentrañando a los conjurados. A continuación y dando muestra de esa crueldad, de la que luego hablaremos, nombró unos tribunales militares que, tras juicios sumarísimos, condenó a penas capitales a los implicados. La llegada de un ayudante del General en Jefe impidió que se consumara la tragedia, no pudiéndose salvar los principales cabecillas, que fueron pasados por las armas.

La impasibilidad en el rostro le hacía ser un jugador incuestionable y de hecho ganó y perdió grandes sumas de dinero en Perú. Sus detractores le reprochan esta afición, incluso insinúan una fama de tahir. Por el contrario, sus exaltadores, sin poder erradicar dicha faceta, la minimizan e incluso le dejan entrever buen corazón al perdonar unas deudas de juego antes de una batalla.

Está fuera de toda duda su habilidad como jugador, y de hecho pudo salir de América tras la libertad de prisión ordenada por Bolívar, gracias al dinero obtenido (un millar de onzas de oro) de un alemán, ayudante del Libertador.

Espartero era un hombre impasible, pero en sus accesos de ira y cuando se le contradecía, perdía la mesura y atajaba drásticamente cualquier enfrentamiento hacia sus órdenes. Fue notorio, aireado por la prensa de entonces, un duelo mantenido con un subordinado suyo, teniente coronel del Regimiento Soria n.º 9, siendo él coronel de la citada unidad. No consta el motivo de la disputa que llevó a consecuencias tan fatales, pudieran ser controversias por el modo de instruir a las tropas, de extremada dureza, o por haber detectado Espartero que algunos oficiales simpatizaban con el pretendiente Don Carlos, intentando cortar de esta forma cualquier otra manifestación.

De valor temerario, estaba mentalizado que ningún arma acabaría con su vida, a pesar de que recibió cerca de una decena de heridas. Gustaba de ponerse personalmente al frente de un regimiento y avanzar a bayoneta calada sobre el enemigo. En otras ocasiones y en momentos difíciles no dudaba cargar al frente de su estado mayor, ayudantes y escolta, restableciendo la situación y levantando los ánimos de sus tropas que, al ver a su general implicado en la parte más peligrosa de la batalla, se crecía sacando fuerzas de flaqueza para vencer al contrario.

Sus mayores defectos fueron su *vanidad* y su *soberbia*. Todo lo hacía mejor que nadie y si no se encontraba él para supervisar y dirigirlo, cualquier hecho estaba condenado al fracaso. Su vanidad hizo que todas sus acciones no sólo se enaltecieran a sus ojos, sino que procuraba que todo el mundo las conociera, dejando caer su oprobio y antipatía contra cualquier persona que osara sobresalir en su presencia. Su vanidad le jugó una mala pasada en el duelo antes citado, cuando declaró anteriormente que no mataría a su contrincante sino que solamente lo dejaría inútil o con una herida que le dejara imperecedero recuerdo del lance. La realidad fue que su disparo arrancó la charretera izquierda de su adversario y éste falló, declarando con ello los padrinos concluido el desafío.

Su vanidad se sintió profundamente herida tras la memorable victoria en la batalla de Mendigorriá, en donde el ejército cristino derrotó a las fuerzas carlistas, no repuestas de la muerte de Zumalacárregui. Espartero mandaba el ala izquierda y el General en Jefe, Fernández de Córdoba, la derecha. Todos los honores fueron para el último, que condescendientemente colmó de elogios a su subordinado, lo cual enconó aún más su ánimo. Desde entonces la antipatía fue manifiesta y la rivalidad permanente en los órdenes militar y político.

De carácter infantil, se acentuaba en sus relaciones con su mujer Jacinta, que a pesar de ser dieciocho años más joven que él, ejerció desde siempre poder sobre su marido.

Doña María Jacinta Martínez de Sicilia y Santa Cruz nació en Logroño el 16 de agosto de 1811. Su padre, un rico comerciante, le dejó, en su temprana muerte, una considerable fortuna. Mujer de gran cultura para su época, su figura se ve desdibujada por la del general Espartero pero, como hemos dicho, ejerció notable influencia sobre su esposo, de tal forma que éste no tomaba una decisión importante sin consultarla con ella. Sus largos períodos de separación obligaba al contacto postal, habiendo recopilado el conde de Romanones, en su libro *Espartero, el General del pueblo*, hasta doscientas cuarenta y dos cartas del General a su esposa, párrafos de las cuales y con objeto de presentar rasgos de su carácter, expondremos a continuación. Son cartas cortas, escritas sobre la marcha, para comunicar lo más importante del día o celebrar con ella algún acontecimiento más o menos glorioso, prevaleciendo siempre la enorme vanidad del personaje. Como ejemplos de ellas se pueden citar la del 24 de abril de 1834, desde Bilbao, en la que dice: *En este momento, ocho de la tarde, todo el pueblo se halla al frente de mi casa, dándome vivas*; u otra pocos días más tarde: ... *mi pequeña división es invencible, y lo es tanto más cuanto los enemigos la temen como un rayo*.

Él mismo se autodenominó el general *Bullebulle*, queriendo indicar su movilidad; incluso en la acción de Azpeitia, en julio de 1834, pretende haber puesto en fuga al propio Zumalacárregui, al lanzarse con su «invencible división», mediante esta táctica del movimiento rápido.

Tras su altercado con el general Fernández de Córdoba, le dice a su mujer: *Córdoba, muy fino desde que zanjamos la cuestión, me enseña cartas finísimas de la Reina confiando solo en él. ¡Pobre España! Sigo siendo el comodín; sin mí nada se emprende*.

Poco antes de Luchana el puente de Burceña fue destruido por los carlistas, ordenando Espartero construir otro de barcas. El futuro conde de Luchana lo considera como una obra magna de la ingeniería militar, y le dice a su Jacinta: *Para atravesar esta ría se ha establecido un puente de barcas, acaso el mayor que cuenta la historia militar*.

Y así, como si fuera un nuevo Cid Campeador, desgrana sus hazañas guerreras sobre los ojos de su amada, que le recrimina cariñosamente por llamar *compañeros de armas y fatigas* a sus desarrapados soldados.

Muestras de su carácter es su vena poética ante los grandes acontecimientos. Sus biógrafos recogen varias, aunque como dice el conde de Romanones: *Dios no le había llamado por el camino de la poesía*. La primera composición, escrita en el parte de retreta, la compone al enterarse de la jura de la Constitución de 1812 por Fernando VII. Se conserva otra dirigida a la Reina María Cristina, de la cual se siente su más ferviente admirador.

Se consideraba un nuevo mesías, que había sido puesto en el mundo para salvar a España, a la que verdaderamente adoraba, incluso por encima de su mujer. Para el cumplimiento de su misión salvadora no le detenía ningún obstáculo, cometiendo los atropellos que fueran necesarios para alcanzarla. Podríamos decir que, tal vez sin saberlo, seguía la política de Maquiavelo de que el fin justifica los medios.

Poco antes de ser nombrado regente contesta a su esposa, que le escribió contándole que en los círculos políticos y en los periódicos se criticaba su comportamiento: *Yo no hago caso de matices —le dice— ni de papeles porque yo soy la bandera española y a ella se unirán todos los españoles, unos por el instinto natural a lo justo, otros por necesidad, y todos por convencimiento*. Buena muestra que une su persona a los símbolos constitucionales de la Patria: la Bandera y el Rey.

Anteriormente se ha hablado de la trama de Oruro y el fusilamiento del principal encartado. Pues bien, el mismo proceso realizó a lo largo de su vida militar, con tal de atajar de forma drástica cualquier sensación de indisciplina. Estas formas de actuar, claramente fuera de la ley, fueron duramente criticadas por sus adversarios políticos y militares, y que solo la necesidad del momento, finalizar la guerra civil, dejó en el olvido, sin exigirle responsabilidades.

Tres acontecimientos le dan una fama siniestra por la crueldad con que fueron llevados a cabo, por la aleatoriedad de la condena y por la teatralidad con que se llevó la ejecución. Tal como dicen sus biógrafos: *Espartero dio siempre a la vida de los hombres un valor relativo, sobre todo cuando se trataba de delitos contra la disciplina*.

En el bando cristino luchaban varios batallones de voluntarios vascos, entre ellos se encontraba el de *Voluntarios francos de Guipúzcoa*, llamados popularmente *chapelgorris*, habiendo dado a lo largo de la campaña denodadas muestras de valor. Los desmanes en los pueblos atacados eran desgraciadamente «normales», y lo mismo que los carlistas no daban cuartel cuando un vasco isabelino caía prisionero, los *chapelgorris* trataban de la misma manera a aquéllos, sin distinguir entre civiles o militares. En los pueblos de Subijana y Ollavarry los excesos fueron superiores a los normales, saqueándose la iglesia del último. Con objeto de hacer un escarmiento que obligara a todas las tropas a respetar el terreno conquistado, ordenó formar a su división en el campo de Sarichu, ocupando el centro el batallón delincuente. Espartero, dirigiéndose al comandante del mismo, le exigió los nombres de los culpables amenazando con la suerte del *quínteo* en caso contrario. Mientras tanto se leía a los demás cuerpos la orden del día y una arenga del General en Jefe. Según cuentan los documentos, la prueba no dio

resultado: el batallón fue *quinteadado* y pasados por las armas los sorteados, entre un silencio sepulcral de todo el ejército, sobrecogido por la tragedia que estaba presenciando.

Choca esta muestra de crueldad, ya que el delito cometido siendo en sí muy grave, era consecuencia de la propia idiosincracia de una guerra civil. Incluso él mandó fusilar en 1834, delante de todos sus feligreses, al sacerdote de uno de los pueblos ocupados, al encontrársele vestido con sotana y con dos pistolas al cinto. Dicen sus biógrafos: *Espartero sentía predilección por ensañarse con los clérigos facciosos; al que caía en sus manos nunca perdonaba*. No sabemos, por tanto, el trasfondo de llevar con tanto rigor la pena contra los *chapelgorris*.

En el año 1836 se produjo una sublevación popular contra el gabinete conservador de Istúriz, exigiendo la restauración de la Constitución de 1812. Los pronunciamientos se sucedieron en distintas ciudades españolas, hasta que a principios de agosto, sólo Madrid permanecía fiel al Gobierno. La culminación de la revolución fue la presentación para su firma de la Constitución de 1812 por los sargentos de la Guardia Real, de los cuales y como anécdota de la Historia española, dos de ellos pasaron con posterioridad a engrosar las filas carlistas. Al igual que ocurriera en el trienio de 1820-23, los enfrentamientos entre absolutistas (conservadores en 1836) y constitucionalistas (progresistas) provocaron gran inestabilidad, repercutiendo negativamente en la marcha de las operaciones y — lo mismo que aceleró, en las dos primeras décadas, la independencia americana— dio nuevos vuelos a los que defendían las pretensiones de Don Carlos.

Fueron los años 1836 y 1837 de gran inestabilidad social, política y económica, faltando al ejército combatiente hasta los recursos más perentorios. A pesar de los esfuerzos de los mandos, los soldados llegaban en algunos casos, acuciados por la penuria, a comportarse como ladrones y bandoleros. En Asturias, el 16 de agosto, llegaron a asesinar a su general don Rafael Ceballos Escalera. En Pamplona al anciano y respetable conde de Sarsfiel, que había sido virrey de Navarra. Similares hechos sucedieron en Bilbao, Logroño, Viana y Peñafiel.

La cólera del General en Jefe fue enorme cuando se enteró de los sucesos, pero hubo de esperar porque estaba combatiendo al Pretendiente en las inmediaciones de Madrid. Rechazadas las columnas carlistas se trasladó con todo el ejército a Miranda del Ebro, llegando a esta ciudad el 29 de octubre. Al día siguiente formó cuadro con los distintos cuerpos, completando cerca de treinta mil hombres. Dirigiéndose posteriormente a ellos, les relató los hechos ocurridos, exaltando la figura del general Ceballos. Las

pausas de la arenga fueron frecuentes para que todos se dieran cuenta de la tragedia. Nadie como Espartero ha sabido hablar a las tropas. Al final de la arenga les dijo:

Sí, soldados, entre vosotros se hallan los perpetradores de tan atroz delito: el aire que respiramos está infestado por su pestífero aliento: vais a conocerlos: vais a presenciar su muerte....Los oculta este Regimiento (designando al de Segovia). Sí, en estas filas se ocultan los abominables asesinos que dieron muerte a su general; que los delaten inmediatamente sus mismos compañeros; y si por este medio no se consigue descubrir a los criminales ... el Regimiento de Segovia que sea diezmado en el acto. General Jefe de estado mayor, disponed que se lleve a efecto lo que acabo de prevenir.

El silencio cortaba el aire. Del propio regimiento salieron un cabo y algunos soldados que fueron designando a los culpables, los cuales fueron juzgados en el acto y condenados, diez a la última pena y veinte a presidio perpetuo, ejecutándose las sentencias de inmediato.

No terminó aquí la severidad del castigo. El Regimiento Provincial de Segovia fue disuelto. Los oficiales y sargentos separados del servicio, los cabos reducidos a la condición de soldados y todos distribuidos entre los diferentes cuerpos del ejército.

Restablecida de forma tan drástica la disciplina se dirigió a Pamplona en donde obró de similar manera. Los dos batallones francos fueron trasladados a presidio. El coronel don León Iriarte y un comandante pasados por las armas, así como siete sargentos y los correspondientes soldados.

Criticadas las medidas en el momento, pero acalladas por las necesidades de la guerra, se recrudecieron cuando Espartero se encontraba en el exilio o en desgracia política.

Está fuera de toda duda que medidas tan duras hicieron temblar al ejército. Hasta que finalizó la guerra no hubo ningún acto de indisciplina colectiva entre las tropas a pesar de que faltaba en ocasiones el calzado, la comida, la paga y las municiones.

Espartero no fue un hombre querido. Fue temido y respetado. Su valor, buena suerte y dotes militares le hicieron ser un caudillo para sus soldados, al que se le seguía hasta la muerte por temor al castigo. Políticamente ocurrió de forma similar: sus propios correligionarios le respetaban, pero nunca obtuvo la unanimidad de criterios para sus acciones. Solamente cuando transcurrieron los años y el tiempo cicatrizó las heridas empezó a ser el

Duque de la Victoria, un hombre adorado, un *General del pueblo*, como decía Romanones, recordándole sólo en sus medidas positivas y en su buena intención en las demás.

Es difícil realizar una síntesis del perfil humano del general Espartero. Su espíritu mesiánico le hacía invencible a la fatiga, privaciones y frustraciones. Ambicioso, sin llegar por ello a *pisar* a los demás con tal de alcanzar la cota más alta. Vanidoso hasta límites irrisorios, le gustaba el halago y la complacencia. Duro y cruel: la vida humana no tenía gran importancia si se interponía en la misión a cumplir. Infantil en algunas de sus reacciones. Desprendido en lo económico y bienintencionado en todas sus decisiones.

PERFIL MILITAR

Su formación

No vamos a relatar de forma pormenorizada todas las acciones bélicas del protagonista. Haremos mención a algunas de ellas, ya que ningún otro estadista o militar, si exceptuamos a Napoleón, ocupó en tan breve intervalo de tiempo todo el espacio de la historia de una nación.

En veintinueve años llegó desde soldado distinguido a capitán general, pasando posteriormente a Regente del Reino y tratamiento de Alteza. A los cincuenta años se eclipsó su figura y excepto el corto bienio progresista en la década de los cincuenta, no tuvo implicaciones directas en la política nacional.

Vamos a fijarnos en los aspectos importantes, que nos hagan ver su preparación militar y su hacer en el llamada Arte Militar. Comencemos por sus inicios.

Espartero ingresa por recomendación de su hermano Manuel —el presbítero dominico, tal como anteriormente hemos expuesto— como «soldado distinguido por el inspector» en el Regimiento Provincial de Ciudad Rodrigo. El soldado distinguido era aquel que ingresaba en una unidad militar, para posteriormente pasar a ser cadete de cuerpo y continuar la carrera de las armas como oficial.

La desgraciada batalla de Ocaña frustra las posibles aspiraciones de Espartero, al menos por el camino de cadete de cuerpo. Más de la mitad del ejército español fue destruido y el cincuenta y cinco por ciento de los soldados y cuadros de mandos no regresaron a las unidades regulares, sino que se integraron en la partidas y guerrillas que se estaban constituyendo. En mi libro sobre la guerra de la Independencia en el Campo de Gibraltar y Serranía de Ronda se observa este fenómeno y la mayoría de los mandos que

nutren las nacientes partidas proceden del desastre de Ocaña y de la derrota en Sierra Morena, a principios de 1810.

Varias universidades habían formado batallones de estudiantes, con las denominaciones de *Voluntarios de honor*, *Cuerpos Sagrados*, etc. ...; por ello, no es de extrañar que Espartero, alegando sus dos años universitarios, se incorporara al de la Universidad de Toledo. No obstante, al ser disueltos estos cuerpos solicitó, cuando se encontraba en la Academia, pasar revista en el Regimiento de Ciudad Rodrigo, única forma de cobrar el haber en mano.

Su batallón universitario permaneció de guarnición en Sevilla proporcionando protección a la Junta Central, no participando por ello en las acciones de contención al ejército francés, al mando del mariscal Soult, en Sierra Morena. Cuando la Junta abandonó Sevilla y se refugió en la Isla de León, hasta allí le acompañó el batallón, alcanzando la ciudad en marzo de 1810.

El Ejército necesitaba oficiales instruidos en las técnicas militares, por lo que la Regencia encargó al coronel de Artillería, don Mariano Gil de Bernabé, que organizara una academia al respecto. El único requisito para su ingreso era el de ser universitario, por lo que Espartero, junto con la mayoría de sus compañeros del batallón, ingresaron en el centro a principios de septiembre de 1810.

No era una vida regalada y fácil la de aquellos cadetes, ya que unían a sus obligaciones escolares, otras estrictamente bélico-militares, como cualquiera otro de los cuerpos de la guarnición. Lo mismo que el cadete actual entra de guardia o hace servicios en las unidades, el de aquella época entra de retén o salía de avanzada, manteniendo escaramuzas con las fuerzas sitiadoras del mariscal Víctor, con su correspondiente contribución de sangre. En la *Hoja de Servicios* de Espartero figura la concesión de la Cruz de Chiclana, por haber combatido en la batalla del mismo nombre, aunque en su historial no se consigna nada al respecto, lo cual no es extraño, ya que está confeccionada muchos años después de ese acontecimiento. No obstante lo anterior, el futuro Duque de la Victoria obtuvo la calificación de *bueno* (aprobado en términos civiles) en aritmética, álgebra, geometría, fortificación y dibujo y *sobresaliente* en táctica, lo que da idea de su aplicación.

Si el Ejército estaba falto de oficiales capacitados en las armas combatientes (caballería e infantería), lo era con mayor razón de los cuerpos facultativos (artillería e ingenieros), principalmente del segundo, ya que eran los encargados de los levantamientos de planos, construcción de fortificaciones, reparación de puentes, carreteras y un sinnúmero de funciones, útiles no solamente para la guerra sino para la paz. Con tal motivo se creó en Cádiz una Academia de Ingenieros, dándose opción a entrar en ella a los cadetes más aplicados y que, a juicio de los profesores, pudieran tener mejores aptitudes.

Cuarenta y nueve cadetes fueron elegidos por Real Orden de 11 de septiembre de 1811, verificando sus exámenes de suficiencia en diciembre y recibiendo sus despachos de subtenientes de Ingenieros el 1 de enero de 1812 ².

Por necesidades de la guerra, los cursos escolares no coincidían con las fechas normales, sino que eran acelerados, de tal manera que los exámenes de primer curso los realizó en septiembre, aprobando todas las asignaturas menos una, que obtuvo *mediano* (suspenseo alto militar), necesitando efectuar otro examen de recuperación.

No debió sentirse muy a gusto don Baldomero en las aulas de tan elitista cuerpo que, junto con el de artillería, ha proporcionado numerosos científicos en el pasado. Su falta de nobleza de sangre y, lo más importante, su carácter le hacía no llevarse bien con sus compañeros y profesores.

En los exámenes de marzo de 1813 (2.º año) suspendió varias asignaturas, sin posibilidad de recuperación, obligándose a repetir curso. No parece que fue la falta de conocimientos el motivo sino su falta de vocación para el trabajo científico.

Las necesidades bélicas juegan a veces a favor de los estudiantes y a los subtenientes suspendidos se les dio opción a ingresar con el mismo empleo en infantería.

Dentro del perfil militar nos hemos extendido en los estudios de Espartero porque es lo más controvertido de su personalidad intelectual. No fue un zafio e ignorante militar como se le ha querido tachar sino un hombre relativamente bien cultivado para su época. Sus estudios universitarios de filosofía y los cuatro cursos militares le proporcionaron suficientes conocimientos militares y científicos, debiéndose descartar la supina ignorancia como se ha querido pintar a la figura del Regente. Hay que tener presente que la duración de la carrera de las armas era, en aquella época, de tres años, saliendo con el empleo de subteniente, ascendiendo de forma automática a los dos años al de teniente (en los cuerpos facultativos era de cinco años, aunque salían de tenientes).

Sus años americanos

Abandonó Espartero la escuela a finales de abril, destinándose al Regimiento Provincial de Infantería de Soria de la división del general Villacampa, que operaba en Cataluña.

² El serle dado el despacho de subteniente nada más entrar en la academia era como considerar que habían superado tres cursos académicos como cadetes.

La guerra de la Independencia tocaba a su fin y Espartero veía que se difuminaban sus posibilidades de ascensos y honores. Participó en el sitio de Tortosa y en las acciones de Cherta y Amposta, no figurando ninguna mención especial en su *Hoja de Servicios*. El nombramiento de Villacampa como Capitán General de Castilla la Nueva, a principios de 1814, acortó aún más las posibilidades de merecimientos, ya que el regimiento marchó a Madrid de guarnición.

Como sabemos, con Fernando VII se volvió al Antiguo Régimen, encontrándose en la creencia que con la restauración del absolutismo y con algo de fuerza militar, los movimientos independentistas de las colonias españolas en América quedarían totalmente aplastados.

Espartero se alistó inmediatamente (septiembre de 1814), siendo destinado al Regimiento Extremadura. Todos sus biógrafos aluden a un altercado que tuvo con el General en Jefe de la expedición, Morillo, al que solicitó permiso de unos días para despedirse de sus familiares. Éste, prorrumpiendo en mil denuestos, llegó a decirle: *el soldado español, cuando de servir a su país se trata, acostumbra a olvidarse de sus padres y hermanos ... que no era nada militar aquella demanda ... que mostraba un alma muy madrera, y por consiguiente era signo de poco valor, lo cual no era ciertamente lo más recomendable para la carrera de las armas*. Al escuchar esto se enfureció el joven Espartero y, llevando la mano derecha a su espada, contestó a Morillo: *mi General, si otro que VE. me hubiera dicho tales cosas, mi contestación hubiera sido muy breve ... con esta espada*. Cayóle en gracia a Morillo la contestación de su joven subalterno, de tal forma que le autorizó a trasladarse a Granátula a despedirse de sus familiares.

A bordo de la fragata *Carlota* se hizo a la mar, en Cádiz, el 1 de febrero de 1815, en busca de la gloria.

Con objeto de que nos sirva de entramado militar, vamos a exponer la primera página de su *Hoja de Servicios*, en donde se relacionan las fechas de los distintos ascensos militares:

<i>Fecha</i>	<i>Empleo</i>
1 de noviembre de 1809	Soldado Distinguido por el Inspector
1 de enero de 1812	Subteniente por Real Despacho
2 de septiembre de 1814	Teniente por idem.
9 de septiembre de 1816	Capitán por idem.
1 de agosto de 1817	2.º Comandante por idem.
26 de febrero de 1821	1.º Comandante por idem.

<i>Fecha</i>	<i>Empleo</i>
23 de marzo de 1822	Coronel Graduado de Infantería por idem.
1 de febrero de 1823	Coronel Efectivo de Infantería por idem.
9 de octubre de 1823	Brigadier de Infantería
17 de febrero de 1834	Mariscal de Campo
21 de junio de 1836	Teniente General
1 de mayo de 1838	Capitán General

Es decir, de los veintinueve años de su vida militar en activo, más de la mitad la hizo con el empleo de Oficial General, aunque cinco años permaneció de cuartel en Pamplona o en un cargo meramente administrativo en Logroño.

Espartero desembarcó en América en abril de 1815, restableciéndose con prontitud la tranquilidad en el territorio de Venezuela (aunque por poco tiempo).

La enormidad de los dominios españoles impedían que un solo ejército pudiera actuar en los mismos, por lo que Morillo constituyó una serie de divisiones, formadas sobre las bases de algunos de los seis regimientos de infantería y dos de caballería que formaban el ejército expedicionario.

A tal fin y sobre la base del Regimiento de Extremadura se creó una división, que se puso bajo las órdenes del general don Miguel Tacón y Rosique —que en la actual Colombia había combatido contra los independentistas desde 1810—, la cual atravesó el istmo de Panamá y posteriormente en barco se dirigió al Perú.

La expedición desembarcó en El Callao el 14 de septiembre de 1815, siendo recibida en Lima por el anciano virrey Abarcas, marqués de la Concordia, el cual poco tiempo después (seguramente la expedición de Tacón traía el nombramiento de su sucesor) fue sustituido por don Joaquín de la Pezuela, general que había mandado con éxito las fuerzas españolas del Alto Perú, de tal forma que en Viluma (1815) obtuvo una rotunda victoria sobre los insurrectos, que le valió el marquesado del mismo nombre.

Tacón se puso a las órdenes del nuevo virrey, que le encargó el mando del Ejército del Alto Perú (también llamado del Sur del Perú). Para llevar a cabo la pacificación del territorio necesitaba aislar al virreinato de las fuerzas sublevadas de Chile y Río de la Plata (Argentina), capitaneadas por el propio San Martín. Para ello nada mejor que fortificar tres puntos fuertes que formaran un muro contra los que se estrellaran las fuerzas independentistas. Consideró para ello la fortificación de las ciudades de Arequipa,

Potosí y Charcas. No disponiendo de personal facultativo de ingenieros, recurrió a Espartero —al que previamente ascendió a capitán—, que gracias a sus dos cursos en la Escuela del Cuerpo pudo llevar a cabo su misión de forma satisfactoria.

El agradecimiento a Tacón fue grande, ya que a pesar de ser el capitán más moderno, lo ascendió a 2.º Comandante, destinándolo al Batallón del Centro, unidad creada con personal del país.

La guerra corría desigual suerte, afectándole extraordinariamente los acontecimientos de la Península. El pronunciamiento de Riego y la posterior jura de la Constitución de 1812 por Fernando VII se conoció en Perú a través de las provincias, independientes de hecho del antiguo virreinato de Río de la Plata. La confrontación entre los militares realistas y constitucionalistas estaba servida, encontrándose entre los primeros el propio virrey Pezuela.

La situación se hacía insostenible. Las fuerzas de San Martín ganaban terreno. Como era necesario dotar de la energía necesaria y del prestigio suficiente a la máxima autoridad del virreinato, los altos oficiales del ejército destituyeron el 29 de enero de 1821 en Aznapuquio al virrey Pezuela, nombrando a continuación para el cargo al general don José de la Serna e Hinojosa, que de forma inmediata tomó las disposiciones militares para rehacer los maltrechos intereses españoles.

Se ha querido involucrar a Espartero en el golpe de fuerza contra Pezuela, cuestión que ni deja de ser verdad o mentira, por la falta de datos fidedignos, pero el futuro Duque de la Victoria era en aquella época un simple comandante por lo que difícilmente tendría acceso a la presencia del Virrey. Lo que sí puede darse por seguro es que De la Serna contaría con el respaldo de tropas adictas, entre las que se encontraría el Batallón del Centro.

La guerra en América tenía unas características especialísimas, asemejándose más al hacer del guerrillero que a los combates de cuerpos organizados. Los jefes de columna disponían de amplia autonomía en su territorio, actuando precisamente Espartero en el sur del actual Perú y oeste de Bolivia. Por ello su formación como general y estrategia dejó mucho que desear, sobresaliendo en sus condiciones como caudillo que en todo momento se enfrenta a los mayores peligros, arrastra a sus hombres, logra la victoria y persigue con saña al enemigo que huye.

Los largos años pasados en América marcan la táctica militar que aplicó, posteriormente, en sus primeros años de guerra civil. Ojo certero para darse cuenta del terreno circundante y poder extraer el máximo provecho; máxima movilidad con objeto de multiplicar adecuadamente las fuerzas a sus órdenes; provocar el combate, nunca decisivo, en terreno favorable; des-

concertar al contrario con espectaculares cargas a la bayoneta; acosar sin descanso, de forma separada, a las columnas enemigas para impedir su unión, establecerse en el terreno y presentar una fuerza capaz de derrotarlo y, por último, perseguir al enemigo derrotado hasta conseguir su total destrucción.

Cuando se analizan los primeros años de la guerra civil, se observa a un Espartero triunfante cuando actúa con fuerzas que escasamente sobrepasaban dos o tres mil hombres. Como veremos, en la funesta tragedia de Descarga no supo maniobrar con las tres divisiones que se pusieron bajo su mando, siendo uno de los episodios más negros de los liberales. A partir de 1836 va formándose su figura de estrategia sin que fuera tenida en cuenta por el propio Gobierno de la nación, que le propuso planes de campaña para que los ejecutase, sin aprobar los que emanaban de su persona. Supo reunirse de buenos oficiales de Estado Mayor, entre ellos el general Linage, que le asesoró tanto militar como políticamente.

Pero volvamos a las tierras americanas del Perú y, como sería harto tedioso enumerar el constante caminar de Espartero, merece la pena relatar las victoriosas batallas de Torata y Moquehua para dar una pincelada de su carácter guerrero.

Corría 1823, y los insurgentes, al frente del general Alvarado, se movían con importantes fuerzas (cinco mil hombres) para romper la línea española formada por las ciudades de Arequipa y Potosí, en el convencimiento de encontrarlas desguarnecidas. De esta forma penetrarían hasta el corazón del Perú, conquistando Lima y Cuzco.

Las fuerzas españolas en la zona las constituían una pequeña división de mil seiscientos hombres, al mando del general don Jerónimo Valdés. El plan de maniobra consistía en ganar tiempo posibilitando la aproximación del resto del ejército del Alto Perú, al mando del general Canterac. Posteriormente, y reunidas todas las fuerzas, se elegiría una zona adecuada en donde batir al enemigo. Valdés constituyó en vanguardia al Batallón del Centro al mando de Espartero, el cual con cuatrocientos hombres se situó en Torata, mientras él se dirigía a Moquehua, lugar elegido por el General en Jefe para asestar el golpe decisivo.

Las operaciones, durante los primeros días de enero de 1824, se desarrollaron según los planes establecidos, de tal forma que Valdés dirigió a Canterac el siguiente parte: *Hasta ahora todo ha salido a medida de mis deseos, y el enemigo, sin advertirlo, marcha a su total destrucción.*

Alvarado se movió sobre Torata con objeto de amenazar la línea de retirada de Valdés, encontrándose en dicha ciudad con las tropas de Espartero, el cual y a pesar del horrible fuego de todo el ejército insurgente, sostuvo la

posición durante dos horas y, autorizado por Valdés, se replegó en perfecto orden, combatiendo al enemigo por espacio de una legua, hasta que se reunió con el resto de la división.

Valdés seguía con el plan marcado por Canterac, atrayendo al enemigo a un terreno propicio y causándole el máximo número de bajas posibles. Alvarado aumentó la presión sobre los españoles y Valdés no tuvo más remedio que empeñarse en combate, impidiendo el mínimo avance del contrario. Sobre las cuatro de la tarde del día 19 de enero, se presentó el General en Jefe acompañado de dos ayudantes y, al verle, recobraron nuevos bríos.

Cansado el jefe insurgente de tan tenaz resistencia y conociendo la proximidad de refuerzos para los españoles, decidió comprometer el éxito de la jornada fiándose en la considerable superioridad de fuerzas. Al parecer alargó en demasía su línea del frente, tal vez con la intención de desbordar a Valdés por ambos flancos, pero éste, dándose cuenta de su debilidad, lanzó sobre su flanco izquierdo al coronel Ametller con tres compañías, las cuales pusieron en fuga al enemigo sembrando el terreno de cadáveres. Ante el desconcierto producido, Valdés y Canterac consideraron que no había que perder momentos tan preciosos y ordenaron avanzar sobre toda la línea enemiga.

Cupo al Batallón del Centro combatir contra la mítica Legión Peruana, que constituía el ala derecha del ejército independentista; la cual, ante el empuje de las bayonetas, empezó a ceder ostensiblemente terreno a pesar de los esfuerzos que su jefe hacía, ordenando regresar a los soldados que retrocedían. Entonces Espartero, abriéndose paso con la fiereza que le caracterizaba, se abalanzó sobre dicho mando y atravesándolo con su espada le dijo: *así se manda reunir y volver la cara*, cayendo tendido el infeliz soldado.

Espartero recibió durante la batalla tres heridas de consideración y, a pesar de las órdenes, se abstuvo de retirarse y siguió mandando su batallón en la persecución consiguiente.

Se hicieron fuertes los insurgentes en Moquehau, pero desmoralizados y a pesar de tener superioridad numérica, aunque menor por la llegada de la división de Canterac, fueron completamente derrotados.

El ejército «Libertador» —tal era el nombre que se le había puesto— dejó en poder de los españoles más de mil prisioneros, entre ellos sesenta jefes y oficiales, toda la artillería y numerosas armas, municiones y banderas. Espartero, a pesar de sus heridas, se mantuvo al frente de su batallón persiguiendo con saña al enemigo e infligiéndole pérdidas de consideración. Con esta batalla (en realidad fue una sola, ya que se perseguía el mismo fin estratégico), se consiguió una momentánea ocupación del territorio, entrando las fuerzas españolas en Lima el 19 de junio del mismo año.

En los campos de Torata obtuvo Espartero el empleo de coronel efectivo, Jerónimo Valdés el título de vizconde de Torata, y todo el ejército español sus últimos tintes de gloria.

Era costumbre militar de la época crear medallas conmemorativas por batallas victoriosas y decisivas, ostentando nuestro general, precisamente, la de las dos batallas citadas anteriormente, así como otra más global, denominada del «Sur del Perú»³.

En las calificaciones reglamentarias anuales (1827) de Espartero se encuentran las correspondientes de sus dos jefes inmediatos de la época americana, generales Valdés y La Serna. El primero consigna:

Tiene mucho valor; talento, aplicación y conocida adhesión al Rey nuestro Señor: es muy a propósito para el mando de un cuerpo, y más aún para servir en clase de oficial de E.M. por sus conocimientos. Este será algún día un buen general, por su golpe de vista militar y viveza para aprovecharse de los descuidos del enemigo.

El antiguo virrey del Perú, conde de los Andes, dice:

Tiene conocimientos generales del arte militar y acreditado valor en varias acciones de guerra: tiene talento y viveza; es inteligente en táctica, y de mucha disposición para el mando de un cuerpo, y aún más para el E.M. de un ejército: su conducta política y militar fue buena.

Independientemente de que la concepción del entonces brigadier Espartero parece acertada, visto su curriculum militar pasado y el futuro que faltaba por vivir, los dos generales intentaban proporcionar con sus informes la jefatura de un regimiento para su antiguo subordinado, incidiendo en las cuestiones que más podían valer en aquellos momentos: su fidelidad a la figura del monarca, su comportamiento político y su aptitud para el mando. Desgraciadamente no fueron tenidos en cuenta los citados informes por el ministerio de la Guerra, y Espartero fue nombrado al año siguiente comandante de armas y presidente de la Junta de Agravios de Logroño. Pero de estos informes existe una anotación que dice mucho en la capacidad militar de Espartero, y es su formación como oficial de Estado Mayor.

³ En la España actual permanece en cierta medida esta tradición, aunque no concretada en una acción determinada sino para toda la campaña. Un ejemplo de ello es la *Medalla del Sahara*, que la ostentan los cuadros de mando que actuaron en dicho territorio durante los años difíciles de la primera mitad de la década de los setenta.

Tras las batallas de Torata y Moquehua las fuerzas españolas se dedicaron a limpiar el territorio de insurgentes. Prácticamente no llegó a combatiarse, pues nuestras tropas apenas tuvieron tiempo de emplear otras armas que las de los pies para deshacer a sus despavoridos enemigos: campaña notable por los centenares de leguas que hizo en cortísimo tiempo la División Valdés (a la que pertenecía Espartero). El virrey De la Serna fue generoso con los vencedores. Con fecha 5 de octubre (aunque su *hoja de servicios* indica el 9) Espartero fue ascendido a brigadier, nombrándosele Jefe de Estado Mayor del Ejército del Alto Perú, reconociendo con ello el virrey su capacidad organizativa, de gestión y táctica.

Durante este año (1823), el Gobierno español había mandado al continente americano unos comisarios regios con facultades para firmar, con los poderes existentes en Buenos Aires, un convenio o armisticio especial de carácter fundamentalmente económico-comercial y que debía durar año y medio. Por este convenio se reconocía la soberanía económica del antiguo virreinato y se recogía la posibilidad de que otros territorios se acogieran a él. Con tal motivo, las autoridades de Buenos Aires, con la adquiescencia de los delegados de Madrid, comisionaron al general insurrecto, La Hera, para tratar con el virrey De la Serna, al objeto de extender el convenio al Perú. Pacificado como estaba el territorio, no aceptó La Serna la suspensión de armas y no proporcionó el salvaconducto correspondiente. No obstante, comisionó a Espartero para que se reuniera en la ciudad de Salta con La Hera. Espartero realizó —según el virrey— la comisión con extraordinario acierto, ya que lo que pretendía La Serna era negarse a cualquier connivencia con los rebeldes a la Corona, pero sin desencadenar de nuevo y de forma inmediata las hostilidades. La Hera regresó resentido a Buenos Aires, quedando en mal lugar los comisarios regios, don Antonio Luis Pereira, oidor de la audiencia de Chile y don Luis de la Robla, teniente coronel, que habían prometido cosas dando por sentado su aceptación por parte de La Serna.

La conferencia de Salta es uno de los puntos oscuros de la independencia americana ya que hay que preguntarse: ¿Qué conocimiento tenían en Madrid de las circunstancias en el continente? ¿eran tan extensos los poderes dados a los comisarios? ¿pretendía el Gobierno que los sublevados reconocieran como rey a Fernando VII aunque con independencia económica? ¿querían resucitar el viejo sueño de Aranda de convertir en reinos las distintas posesiones, colocando en ellos a infantes españoles, bajo la supremacía del monarca español? Falta en este punto una investigación exhaustiva sobre la comisión realizada para tener elementos de juicio y conocer quién se equivocó en sus planteamientos.

Entra el año 1824 y llega al Perú la noticia de la vuelta al absolutismo de Fernando VII, y con él la confrontación entre los altos oficiales del ejército expedicionario. La que más repercusión tuvo fue la del general Olañeta, que se enfrentó a los generales don José Santos la Hera y don Rafael Maroto —que luego veremos luchar en la guerra carlista— y que se negó a reconocer la autoridad del virrey, ya que en el Real Decreto de restitución de las prerrogativas del monarca se consignaba que quedaban sin efecto cuantas disposiciones se habían dictado durante el trienio constitucional. Las consecuencias fueron funestas para las armas españolas, volviendo a surgir el grito de independencia con más fuerza que nunca.

De la Serna, en aras de alcanzar la unidad de las armas españolas, quiso resignar el mando, no consintiéndolo los distintos generales. Se decidió enviar un emisario a Madrid para que informara al monarca de la situación, recibiera instrucciones —ya que desde febrero de 1821 no se había recibido ninguna comunicación de la Corte—, obtuviera refuerzos y la aprobación de las disposiciones tomadas, incluidos los ascensos dados a los mandos. El virrey comisionó a Espartero, el cual embarcó en Quilca el 5 de junio de 1824 en el bergantín inglés Tiber, arribando a Cádiz el 28 de septiembre y llegando a Madrid el 12 de octubre.

A pesar de que la *Gaceta de Madrid* (boletín oficial de la época) había encomiado la postura de Olañeta, las gestiones y el fervor de Espartero consiguieron que se aprobara todo lo hecho por La Serna, reiterándole la real confianza. Asimismo se expidieron los nombramientos y ascensos dados por el virrey, entre ellos, por supuesto, el del futuro Duque de la Victoria, que fue reafirmado como Jefe de Estado Mayor.

Sin conseguir los refuerzos militares se embarcó Espartero en Burdeos con destino a Lima, en diciembre de 1824, en el mismo día que se produjo la batalla de Ayacucho, en donde fueron derrotadas las tropas españolas y se consumó la independencia americana.

A lo largo de su vida se le recriminó a Espartero su pertenencia al ejército derrotado, incluso sus enemigos lo mencionan entre los que sufrieron tal afrenta en el campo de batalla. La verdad es que llegó a Lima el 5 de mayo de 1825 cuando todo había terminado. La sola mención a Ayacucho ponía a don Baldomero de mal humor.

Los primeros años de la guerra civil

Nueve años pasaron hasta que Espartero volviera a entrar en acción, encontrándose entre ellos el tiempo que permaneció en prisión por orden de

Bolívar, pero lo que a él más le pesaba fue su inactividad desde que regresó a España. Años de cuartel (disponible en la actualidad) y de destinos burocráticos. Años que, en fin, empleó para enamorarse y casarse.

Transcurre el tiempo y en enero de 1834 nos encontramos al brigadier Espartero de Comandante General de Vizcaya y al frente de una pequeña división, bajo el mando de su antiguo jefe don Jerónimo Valdés, que a buen seguro lo reclamó como subordinado. Lo primero que hace es avituallar y fortificar lo mejor posible a la capital, Bilbao. Posteriormente, con las escasas fuerzas que puede disponer para maniobrar, persigue y acosa a las nacientes partidas carlistas; fortifica y establece guarniciones en puntos importantes, como Durango, Guernica, Bermeo, etc...

A principios de febrero, una columna carlista importante, calculada en seis mil hombres, sitia Guernica, defendida por ciento sesenta isabelinos. Corre en su ayuda el Comandante General con mil trescientos hombres y, con una hábil maniobra, obliga a replegarse a los desconcertados carlistas que aún no saben batirse con el ejército organizado. No obstante, el día siguiente, 18 de febrero, Guernica aparece sitiada de nuevo y en su interior la pequeña división de Espartero. El ataque carlista no se hizo esperar. A los cinco días la situación de los cristinos era crítica, faltos de víveres y municiones, por lo que Espartero decidió replegarse sobre Bilbao. La operación se inició en la madrugada del 24, rompiendo la línea carlista. En su repliegue sobre la capital, mantuvo combates en Mundaca, Pedernales y Bermeo, resolviéndose todos ellos a cargas de bayoneta. Por último, a las nueve de la noche del mismo día entró en Bilbao, después de haber caminado y combatido sin descanso durante más de veinte horas.

Por esta acción se le asciende a mariscal de campo, confirmándole en su cargo de Comandante General de la provincia de Vizcaya. El 1.º de mayo de 1834 es nombrado Comandante General de las Provincias Vascongadas y poco tiempo después es condecorado con la Laureada de San Fernando por el levantamiento del sitio de Mundaca.

La primera fase se parecía a la guerra de guerrillas de la guerra de la Independencia. Espartero tenía una gran ventaja sobre sus adversarios: capacidad en la maniobra de pequeñas columnas; flexibilidad y rapidez en sus movimientos; adaptación inmediata al terreno, y ojo certero para aprovecharse de cualquier error del contrario, cualidades que nacieron en la guerra de la Independencia americana y que supo aprovechar.

A mediados de 1835, la capacidad organizativa de Zumalacárregui había conseguido formar un ejército de las partidas carlistas, enfrentándose con éxito a las unidades del ejército regular. Por el contrario las tropas isabelinas se encontraban afectadas por las divisiones políticas de Madrid, con-

llevando una aguda crisis de liderazgo de tal forma que, en apenas año y medio, el mando del Ejército del Norte pasó sucesivamente de Valdés a Quesada, Rodil, Espoz y Mina, para nuevamente recaer en el primero. La interinidad del cargo impedía la elaboración de un plan de campaña y su ejecución posterior.

Por estas fechas, Zumalacárregui puso sitio a Villafranca de Guipúzcoa, considerada de interés estratégico por encontrarse en el valle del río Oria, en una posición intermedia entre Tolosa y Vergara. Ante esta situación el General en Jefe, don Jerónimo Valdés, ordena a Espartero que al frente de las divisiones de Vizcaya (brigadier Conde de Mirasol), Alava (brigadier Barón del Solar de Espinosa) y una brigada navarra (coronel Ulibarri), avance sobre Villafranca, donde convergerán también dos divisiones, procedentes del valle del Baztán, mandadas por el general Oráa y el brigadier Jáuregui.

Vemos, pues, a Espartero al frente de fuerzas importantes con la orden de alcanzar un objetivo estratégico. Avanza impetuoso sobre Durango, Vergara y Mondragón. Conoce que hay fuerzas enemigas en Oñate. Espera noticias del General en Jefe o de Oráa y se confunde ante su ausencia. El 2 de junio de 1835 decide tomar los altos de Descarga, una posición fuerte, dominando los accesos a Villafranca y Vergara (el puerto se encuentra a ocho o diez kilómetros de esta última ciudad), que le permitirá esperar el concurso de las otras tropas isabelinas. Espartero adopta disposiciones para asegurar los puntos más expuestos, aunque fiándose en la superioridad de sus posiciones; mientras, los soldados se aprestan a descansar de las fatigas de la expedición. De pronto, a las ocho de la noche, se toca orden general y se ordena la retirada hacia Vergara, iniciando la marcha la división de Alava, seguida de la brigada de Navarra y en retaguardia la de Vizcaya. La tranquilidad más absoluta, a pesar de los elementos atmosféricos, es la tónica de la acción, de tal forma que a las diez y media de la noche, la división de vanguardia ha entrado en Vergara e inicia su alojamiento.

El general carlista Eraso ordena a un escuadrón de cuarenta caballos y tres compañías de infantería del titulado batallón «Guías de Álava», al mando de su propio hijo, que observen el repliegue isabelino. No se sabe de quién fue la idea de cambiar la misión de fuerzas tan reducidas, pasando de meras observadoras a atacantes al darse cuenta de la vulnerabilidad que presentaba la brigada navarra. El ataque fue violentísimo y muy breve, pero suficiente para hacer creer a las tropas de la Reina que los enemigos eran muy numerosos. Los soldados inician la desbandada, contagiando a la división de Vizcaya que les seguía. Inútiles fueron los esfuerzos de Espartero,

que iba en el centro, para contener el pánico y, arrastrado por los propios fugitivos entra con ellos en Vergara, desconociendo las vicisitudes de la división de retaguardia. Dos batallones de Almansa, de esta división, se dispersan al ser atacados por los cuarenta jinetes, cayendo prisionero el conde de Mirasol, aunque en el transcurso de la noche pudo fugarse y llegar a Vergara. El coronel Araoz, Jefe de Estado Mayor de la misma, al frente del Batallón del Príncipe y el coronel Baseti con el III Batallón de Almansa forman en línea deteniendo los ataques carlistas, replegando en orden el resto de la fuerza sobre Vergara. El día 3 salen los restos de las tres unidades de Vergara y, más que replegarse, huyen hacia Bilbao, penetrando en esta ciudad el día 4.

El desastre de Descarga fue enorme: más de mil prisioneros y las ciudades de Villafranca, Durango, Eibar y Tolosa cayeron en poder de los carlistas. Se perdieron otros puntos fuertes y lo que es más grave, los carlistas adquirieron una preponderancia que iba a ser muy difícil de erradicar.

Mucho se ha hablado sobre esta actuación de Espartero, y tanto sus panegiristas como sus detractores le reprochan no haber actuado con sentido común. El propio General, cuando se le preguntaba sobre el desastre, eludía cualquier comentario al respecto, por lo que no se sabe la razón de decisión tan intempestiva: ordenar una retirada cuando las tropas acababan de iniciar el descanso (*un vivac, el más arreglado a las leyes de la castrametación que se vio jamás en ninguna ocasión ni época de la pasada lucha*, según sus biógrafos entusiastas).

Los biógrafos más empeñados en dejar acrisolado y limpio el nombre del General, califican las decisiones de la jornada de *imprevisiva e imprevista, intespectiva e inoportuna, malhadada y funesta*. Varias razones podrían aducirse: primero, la inexperiencia de Espartero y la responsabilidad asumida (las tres divisiones eran muy reducidas, de tres a cuatro mil hombres cada una, no obstante, era el mayor contingente que había mandado jamás); segundo, el desconocimiento de los movimientos de Valdés y Oráa (el no haber recibido ninguna orden ni notificación le desconcertaba, pudiendo imaginarse que habían sido batidos por el ya mítico Zumalacárregui); tercero, el conocimiento de que Eraso, lugarteniente de Zumalacárregui, se encontraba en las inmediaciones de Oñate con numerosas fuerzas que podrían, al avanzar él hacia el este (Villafranca) ocupar Vergara y cortarle la retirada a su base natural (Bilbao); cuarto, la distancia tan reducida entre el puerto de Descarga y Vergara que no llegaba a diez kilómetros, incluso la vanguardia se encontraba a menos, con lo que en pocas horas los soldados se encontrarían en una zona más positiva para el descanso, ya que las condiciones meteorológicas eran infames, con lluvia y viento. Tal como se ve

se pueden dar muchas razones, pero al no haber dado ni justificado su acción, todo se queda en el plano de la mera especulación.

Los reproches alcanzaron también a Oráa, defendiéndose en un extenso comunicado, en el que achaca al plan de campaña del General en Jefe, Valdés, la falta de coordinación entre las fuerzas intervinientes.

Consecuencia obligada del desastre de Descarga fue el sitio de Bilbao, que comenzó el 10 de junio de 1835, dos días después que Espartero abandonara la zona, en dirección a Vitoria, con sus maltrechas divisiones.

No todo fue malo para las tropas de la Reina, ya que el 15 del mismo mes Zumalacárregui cae herido en un reconocimiento y fallece el 24.

Escarmentado el Gobierno del desastre, ordena a Valdés concentrar el ejército al sur del Ebro y *no empeñar ninguna acción formal con los rebeldes*, lo que le incapacitaba para presentar batalla a Eraso, sucesor de Zumalacárregui.

La inactividad a que se vieron sometidas las tropas no ha quedado bien aclarada. Los distintos protagonistas se acusaron mutuamente, con posterioridad, de la misma. Por un lado, Latre y Espartero plantearon al General en Jefe la necesidad de presionar a los carlistas para obligarles a levantar el sitio de la capital de Vizcaya y, por otro, Valdés les acusó de insubordinación al no querer obedecer su plan de campaña. Este plan, según Valdés, recogía la protección de la villa, desde Portugalete, con las divisiones de Latre y Espartero, mientras el propio Valdés con el resto del ejército atraía a las tropas carlistas al centro del País Vasco. El plan no se ejecutó en su totalidad pero, a decir verdad, las divisiones de Latre y Espartero estaban desplegadas en Portugalete sobre el 20 de junio, mientras que el resto se mantuvieron en una situación de indecisión, con avances y repliegues sin sentido.

Las luchas políticas en Madrid; las intrigas en el Gabinete, del que Valdés era ministro de la Guerra; los escasos éxitos en la guerra, y las desavenencias con sus subordinados fueron algunas de las causas por las que éste presentó su dimisión en el mando del ejército con carácter irrevocable.

Hasta tanto no se nombró nuevo General en Jefe, recayó el mando en el más antiguo, general Santos la Hera, el cual, como es lógico, conociendo su interinidad no quería iniciar ninguna acción ofensiva que pudiera comprometer a las fuerzas bajo su mando, dando por este motivo orden de repliegue a Latre y Espartero. Estimó el segundo la improcedencia de tal orden y dejando al primero al mando de las fuerzas, se dirigió sólo, con una pequeña escolta y sus ayudantes, desde Portugalete hasta Miranda, atravesando de norte a sur el País Vasco, que estaba totalmente sublevado. A mitad de camino y conociendo que don José Santos de la Hera había salido de Miranda,

le remite una carta en términos durísimos, de un subordinado a un superior, encartándole para que se encuentre el día 29 en Balmaseda, en donde él lo esperaba, para posteriormente dirigirse a Portugalete y presentar batalla a los carlistas. Terminaba la misiva diciendo: *pero si, como no espero, V. desatiende el consejo de su amigo, este tirará la faja, detestará hasta el nombre de español y V. quedará cubierto de ignominia*. No es éste el mejor ejemplo de un hombre que consideraba la disciplina como la virtud militar por excelencia, de tal forma que quien la incumpliera era reo inmediato de muerte, como de hecho hizo a lo largo de su vida militar.

Latre, por su parte, empleó un sistema mucho más diplomático, al indicar a La Hera que *acababa de recibir dos papeles en que aparecía la firma de S.E., que temiendo que fuesen supuestos, difería el cumplimiento,...*, aconsejando a continuación la necesidad de acudir en ayuda de Bilbao por ser esta plaza la baza del empréstito que iba a recibir el Pretendiente.

La convergencia de las fuerzas se realizó en los últimos días de junio y el 1.º de julio entraron los cristinos en Bilbao sin haberse librado nada más que esporádicos combates. Los carlistas, tras la muerte de Zumalacárregui, habían decidido de hecho levantar el sitio, que aceleraron ante la llegada de los contrarios. Coincidió el acontecimiento con la llegada al frente del nuevo Comandante, general don Luis Fernández de Córdoba. Al mismo tiempo, el Pretendiente Carlos V nombraba al general Moreno como sustituto de Zumalacárregui, aunque con la denominación de Jefe del Estado Mayor, ya que el mando nominal lo retenía él mismo. La llegada de Córdoba sirvió para revitalizar el frente y dar ánimos a las abatidas tropas de la Reina. En julio se dio la batalla de Mendigorriá, a orillas del río Arga, en el camino que une Estella con Pamplona, resultando un triunfo sobre los carlistas que, si no fue decisivo, sí tuvo el efecto deseado de desbancarlos de la fama de imbatibilidad que habían ganado a lo largo de 1835.

Espartero, que mandaba el ala izquierda del ejército, se cubrió de gloria al desalojar a cinco batallones enemigos que defendían el puente sobre el Arga, a base de reiteradas cargas a la bayoneta. A continuación inició la persecución, frenada tras reiteradas órdenes de Córdoba que no quería empeñar el éxito de la jornada. La acción de Mendigorriá, con la que inició Fernández de Córdoba su mando, fue también el inicio de las desavenencias continuas que tuvo con su más directo subordinado, Espartero, al querer ambos adueñarse de la gloria de la batalla.

En mes y medio la guerra dio un vuelco total. El primer semestre del año 1835 fue de completo dominio de los ejércitos carlistas, acrecentado el 4 de junio por el desastre de Descarga, en el que tanta responsabilidad tuvo Espartero. Parecía que el Pretendiente Carlos V recibiría el apoyo interna-

cional ante la inminente caída de Bilbao. Sin embargo, la mala suerte de la muerte inesperada de Zumalacárregui, unido a la indómita decisión de Espartero de rehacerse de la derrota sufrida y plantear una batalla decisiva ante Bilbao, hicieron retroceder las posibilidades del carlismo. La batalla de Mendigorriá, dada el 16 de julio, entre las maltrechas tropas de la Reina, aunque bien mandadas por dos valientes caudillos (Fernández de Córdoba y Espartero) y las victoriosas y bien provistas tropas carlistas, aunque sin mando, marca la inflexión de la contienda. A partir de este momento empiezan a llevar la iniciativa los isabelinos, aprestándose los carlistas a expandir la bandera del Pretendiente por todo el territorio nacional. La guerra hubiera podido terminar mucho antes si no hubiese sido frenada en multitud de ocasiones por las luchas políticas, algunas veces sangrientas, en que se debatían los dos partidos nacidos al amparo de la ideología liberal: moderados y progresistas.

Después de la batalla de Mendigorriá, los carlistas, aunque derrotados en la misma, no perdieron su capacidad combativa, por lo que volvieron a bloquear Bilbao con catorce batallones el 24 de agosto de 1835. El General en Jefe ordena a Espartero que se ponga a las órdenes del General en Jefe de la Reserva, de tal forma que el primero avance hacia la plaza sitiada apoyado por las fuerzas del segundo. La operación se efectuó tal como estaba planeada, alcanzándose Bilbao el 7 de septiembre y retirándose los carlistas sin combatir.

De inexplicable podía haber pensado Fernández de Córdoba la actuación carlista, ante operación tan sencilla ejecutada por sus tropas. Sin embargo, no entraba en los cálculos del caudillo carlista, Moreno, arriesgar todo por Bilbao; antes bien, quería destruir una parte del ejército enemigo, y nada mejor que atraerlo ante el cebo de la capital vizcaína. Para ello contó con la inestimable colaboración de Maroto, que mandaba la división vizcaína y que conocía perfectamente la forma de actuar de Espartero, no en balde había sido su jefe en América.

Cumplida la misión, recibió Espartero la orden de regresar a Vitoria, saliendo de Bilbao el 11 de septiembre. A poca distancia de la capital, los cazadores de su división —el cuerpo empleado generalmente para proporcionar seguridad—, son detenidos por dos batallones carlistas que le disputan el paso. Impetuoso, Espartero avanza con un batallón de la guardia y, ante su ataque, las unidades enemigas huyen en precipitada fuga en dirección hacia Arrigorriaga. Espartero no se para, y de acuerdo con su mentalidad táctica ordena la persecución, penetrando con su división en el pueblo de Arrigorriaga, aprestándose a atravesar el puente sobre el Nervión para continuar con la persecución. Allí recibe la noticia, de unos deserto-

res carlistas, de que al otro lado del puente se encuentra una masa formidable de dieciocho batallones y más de trescientos caballos. Crítica se planteaba la situación y su gravedad fue comprendida por el futuro Duque de la Victoria. Avanzar era un suicidio y retroceder era atraer sobre su retaguardia fuerzas tan considerables. Viendo la importancia que podría tener el puente, colocó sus mejores tropas para su defensa, los cazadores en los bordes del río y el resto formados en masa esperando la acometida, que no se hizo esperar. Al mismo tiempo comunicó al general de la Reserva las disposiciones adoptadas, esperando órdenes, que se concretaron en retroceder sobre Bilbao. El movimiento retrógrado se efectuó con orden, a pesar de la presión constante de los carlistas, manteniéndose Espartero en la retaguardia. Pero al llegar al puente de Bolueta, a la vista de Bilbao, lo encontró ocupado por los carlistas. La situación se hizo crítica y el desastre inminente, recibiendo el fuego intenso por los dos frentes. Los ánimos empezaron a decaer, dándose casos de desesperación en algunas unidades, que buscaron su salvación arrojándose al río Nervión. En aquellos momentos volvió a brillar la estrella de Espartero, haciendo alarde de ese valor tan temerario que le valió las recompensas de la Gran Cruz de Carlos III, concedida el 27 de abril de 1836 y la Cruz Laureada de San Fernando, tras juicio contradictorio en 1854. Al frente de su escolta se lanza en impetuosa carga sobre las tropas que defienden el puente, obligándoles a replegarse. Se rehacen los carlistas y obligan a Espartero a reiterar las cargas con cada vez más menguadas fuerzas. Por fin el puente queda en poder de los cristinos, y toda la división se acoge a los muros de Bilbao, penetrando al frente de ella su General, herido por un balazo en el brazo y una lanzada en el costado.

Censurable tácticamente la actuación de Espartero al penetrar, sin los preceptivos reconocimientos, por terreno tan agreste y que se prestaba tan bien a una celada.

A principios de enero de 1836 se reorganiza el Ejército del Norte, siendo herido Espartero en su orgullo al ponerlo a las órdenes del general británico Lacy Evans. El Gobierno de la nación y el General en Jefe, Córdoba, seguían considerando al jefe liberal un buen subordinado, pero no con la capacidad de asumir responsabilidades operativas. Pesaban mucho los desastres de Descarga y Arrigorriaga, su indisciplina ante las órdenes de Santos la Hera y los fusilamientos de los *chapelgorris*, de enormes repercusiones políticas.

El 4 de marzo conoció Espartero la presencia del general Eguía en Amurrio, con su vanguardia en el pueblo de Orduña, al frente de veinte batallones. Avanzó presuroso el jefe isabelino, ocupando el puerto de Ordu-

ña, imponente mole de novecientos metros que dominaba el valle del Nervión. A continuación desplegó dos brigadas en el puerto y se lanzó al frente de la brigada de vanguardia y los escuadrones de húsares sobre la vanguardia carlista, con la intención de efectuar un reconocimiento ofensivo. La vanguardia enemiga quedó desconcertada, sin comprender cómo fuerzas tan reducidas se empeñaban en una lucha, protegidos como estaban del grueso carlista situado en Amurrio, a un legua escasa de distancia.

La acción de Orduña, en la que obtuvo Espartero una nueva Laureada de San Fernando, marca la inflexión del guerrillero a general con conocimiento certero de la situación y capacidad de maniobra.

No pretendía Espartero exponerse ante el grueso carlista, antes bien, tras la derrota infringida, retrocede camino de Vitoria, estableciéndose en Murguía.

Reforzado con la división del general Rivero, avanza de nuevo sobre Amurrio el 17 de marzo, guarneciendo el camino hasta Murguía y atacando a los carlistas en los altos de Unzá. La acción de Unzá no fue decisiva, ni puede considerarse vencedor a ninguno de los contendientes, ya que ambos retrocedieron a sus anteriores posiciones. No obstante *fue una de las glorias más puras de Espartero, ya que resplandeció allí su ingenio de general para disponer el movimiento, su pericia táctica para llevarle a cabo, y su gran valor de soldado en los trances más difíciles y de sumo riesgo*. Reconoció y aplaudió Fernández de Córdoba la actuación de su subordinado, de tal forma que le autorizó a conceder gracias a sus subordinados y grados hasta el empleo de capitán.

Las convulsiones políticas y la falta de pertrechos y fondos provocaron la inactividad del ejército, impidiéndoles efectuar alguna acción ofensiva. Declinaba ya el mes de mayo, cuando el General en Jefe decidió atacar una posición clave del territorio afecto al Pretendiente, el puerto de Arlabán, fuertemente fortificado y guarnecido por tropas escogidas.

Correspondió a la III División (Espartero) trepar hacia la cumbre, iniciando la ascensión el 22 de mayo con una intensa lluvia que casi impedía ver el resplandor de los disparos. Coronan la cumbre el mismo día y como posteriormente diría el general Córdoba: *las águilas volaban más bajas que las cimas de estos puertos*. Al día siguiente descienden como el rayo y se apoderan de Salinas de Léniz y el 24 ocupan Villarreal, destruyendo a su paso todas las fortificaciones levantadas con tanto ahinco por los carlistas. Incluso vuelan la fábrica de pólvoras que el enemigo tenía en Araya.

El objetivo militar de destrucción de las fortificaciones y la voluntad de entrar en Vizcaya se había conseguido, ordenando Córdoba la retirada hacia las posiciones isabelinas al sur de las sierras de Aralar, Arlabán y Urquilla.

A pesar de la manifiesta antipatía de Córdoba para con Espartero, cuestión que era compartida, publicó en la orden general la gesta llevada a cabo por la III División y su General, al mismo tiempo que proponía al Gobierno su ascenso a teniente general, firmado con fecha de 20 de junio. No terminó con ello su estima ante los méritos militares, sino que por tener que desplazarse a Madrid, delegó en él el mando del ejército, a pesar de que no era el más antiguo de entre los mariscales de campo: bien que le advirtió *que no emprendiese operación ofensiva durante su ausencia*.

Asentado como se encontraba el Pretendiente en las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra, planea el cambio estratégico de impulsar el levantamiento por todo el territorio nacional, conociendo el malestar del pueblo para con sus gobernantes. Para ello inicia el sistema de expediciones, siendo la más famosa y larga la del mariscal de campo Gómez, que partió de Amurrio el 25 de junio de 1836, al frente de una pequeña división de dos mil setecientos infantes y ciento ochenta jinetes. De acuerdo con las órdenes, Gómez debería avanzar por la cordillera Cantábrica sobre el principado de Asturias y Galicia, zonas en donde el carlismo tenía numerosos adeptos. Derrota el 27 de junio a la división isabelina del general Tello, atraviesa el peligroso puerto de Tarna a principios de julio y ocupa Oviedo el día 3.

Recibe Espartero, el 29 de junio, la orden de perseguir a las fuerzas carlistas, haciéndolo con escasa fortuna durante los meses de julio y agosto, hasta que cae gravemente enfermo el 16 del último mes. Mantiene el mando de su unidad, hasta que el 27 del mismo mes cede el mando al brigadier don Isidro Aláiz y se traslada a Logroño para curar su maltrecha salud.

El mes de agosto es de vital importancia para la Historia de España, ya que se producen los levantamientos populares en Málaga, Valencia, Sevilla ... y Madrid. Los sargentos de la Guardia Real exigen de la Soberana la restitución de la Constitución de 1812, que es firmada el 13 de agosto.

La noticia es conocida por Espartero el 22 de agosto en Frómista, publicando una orden general comunicando tan magno acontecimiento a su división, poniendo a las fuerzas bajo la protección del naciente régimen.

Conocidos los sucesos de La Granja, Fernández de Córdoba dimite en el mando y propone como sustituto a Espartero, por *su alta graduación, experiencia de la guerra, perfecto conocimiento del país, crédito entre las tropas y entre los mismos enemigos, y por todas las demás ventajosas prendas y circunstancias que en él concurren* ... No obstante, el Gobierno no quiere precipitarse y asume el mando del Ejército el propio ministro de la Guerra, marqués de Rodil, el cual lo ostenta con un cierto carácter de inte-

rinidad ya que con fecha 17 de septiembre de 1836 se nombra General en Jefe del Ejército de Operaciones, Virrey de Navarra y Capitán General de las Provincias Vascongadas a don Baldomero Espartero. Tenía nuestro héroe cuarenta y tres años.

Existe un hecho anecdótico que cabe consignar por la fidelidad que mantuvo durante años a la figura de su general: nos referimos a la creación del Regimiento de Luchana.

En la acción de Ezcaro, entre las facciones de Gómez y Espartero, dada el 8 de agosto, fueron tomados prisioneros un nutrido grupo de hombres, la mayoría castellanos (las fuerzas expedicionarias carlistas lo eran en casi su totalidad). Espartero les dio la opción de alistarse bajo sus banderas, constituyendo con ellos un Batallón de *Guías*, a modo de guardia personal suya. Posteriormente y tras la batalla de Luchana, tomó la denominación de regimiento.

Espartero, General en Jefe

La designación de Espartero fue muy controvertida, empezando a ser bandera de una de las dos facciones en que se había disgregado el partido liberal. Para los progresistas su designación era consecuencia de sus indudables méritos militares, y para los moderados, por su prontitud en acatar la Constitución de 1812. En realidad todos tenían algo de razón.

En 1836 la guerra civil se ha regularizado. El carlismo ha montado una incipiente administración en los territorios al norte del Ebro. Su ejército ha perdido la moral exultante de los primeros días, pasando a ser como el de cualquier otro estado, en donde la disciplina es la base del mismo. Las unidades constituidas, en un principio, con un carácter localista se organizan en regimientos, a los que se les dan nombres sonoros, como los del *Rey*, *La Reina*, etc... que recuerdan a sus homónimos isabelinos. Se crean academias de formación de oficiales y adquieren la importancia que merecen las unidades de ingenieros y artillería y el servicio de sanidad. Los recursos de esta Administración se dirigen hacia una estricta economía de guerra, contruyéndose fábricas de pólvoras, municiones y armamento.

La consideración de *zona liberada* carlista es implícitamente aceptada por las autoridades de la nación; de hecho, a finales de 1835, Fernández de Córdoba, en uso de sus atribuciones políticas, prohíbe el traspaso de la línea de acceso a los territorios carlistas, al mismo tiempo que despliega en los puntos vitales a las distintas divisiones del ejército con el objeto de cerrarles el paso a posibles expediciones hacia el interior de la Península.

Al hacerse cargo del mando, Espartero se encontró con un numeroso y bien pertrechado ejército como enemigo que, a pesar de los reveses ante Bilbao y Mendigorriá del año anterior, no había perdido su moral combativa. Por su parte, disponía de un ejército mucho más numeroso, pero mal alimentado, vestido y pagado, con una baja moral y con el cáncer de la indisciplina royéndole las entrañas.

Estratégicamente la posición carlista era mucho más fuerte, ya que no necesitaba establecer guarniciones y prácticamente el grueso del ejército podía maniobrar por líneas interiores, pudiendo atacar de forma sucesiva a las columnas cristinas que pretendieran penetrar en el territorio. Por ende, los liberales disponían de tres núcleos fuertes en Vitoria, San Sebastián y Pamplona, no superando cada uno, en ningún caso, los diez mil hombres, amén de numerosos puntos fortificados que hipotecaban cerca del setenta por ciento de las fuerzas disponibles. Su única posibilidad de actuar era por líneas exteriores, lo que dificultaba extraordinariamente la coordinación de las operaciones.

Aparte de las consideraciones militares, que por sí solas impedían cualquier operación, se encontraban las políticas, casi revolucionarias, en que por aquellos meses vivía la nación española, afectando grandemente la marcha de la guerra al no existir una política coherente ni una voluntad efectiva de terminar con la contienda.

Al darse cuenta de la realidad cambia la mentalidad del futuro Príncipe de Vergara, que tiene que hacer el esfuerzo de amainar su carácter impulsivo y adaptarse a la situación. Por ello, los que esperaban de forma inmediata un recrudecimiento de las operaciones se vieron defraudados y su conducta se vio censurada por la vehemencia popular.

Sus primeras acciones se encaminan a reorganizar el ejército, —aunque una constante en los primeros meses fueron la falta de calzado adecuado y dinero— y a humanizar la guerra —paradoja en una persona que había dado tantas muestras de crueldad—, intentando que el tratado de Elliot, encaminado a salvaguardar las vidas de los prisioneros, heridos y población civil se cumpliera.

Los dos meses que estuvieron inactivas las operaciones fueron aprovechadas por los carlistas para poner nuevamente sitio a Bilbao, esta vez con un gran aparato bélico, superior al aplicado durante el primero.

Se ha visto la imposibilidad del ejército liberal de organizar una masa de maniobra suficiente sin desguarnecer algunos puntos de la línea, más si se tiene en cuenta que la capital vizcaína ocupaba precisamente el borde más occidental de la misma. El socorro a la ciudad podía tener consecuencias funestas para el desenlace de la guerra, ya que una derrota del

cuerpo auxiliador podía acarrear la ruptura de la línea y la extensión de la rebelión por todo el territorio español. Ante esta tesitura decide consultar al Gobierno, que le prescribe la conservación de la ciudad por interesarse en ello *consideraciones de las más alta política y privar a los enemigos de los auxilios que con su posesión obtendrían forzosamente en gran número.*

Evidentemente, las razones políticas eran considerables ya que la credibilidad internacional del Gobierno de la Regente, dados los informes de los embajadores acreditados en Madrid, era cada vez más débil, debido al caos en que se encontraba la nación. La ocupación de la plaza por el denominado Carlos V le posibilitaba un cierto reconocimiento, no ya por su ideología, totalmente distinta a los tiempos que corrían por Europa, sino como única forma de eliminar el foco de inestabilidad que representaba España.

Con objeto de cumplir esta orden terminante, reúne Espartero catorce batallones y trescientos caballos. Avanza por la ribera del Ebro en dirección al oeste, no aconsejando su visión militar del momento recorrer el camino más corto, el que une Vitoria con Bilbao, dados los peligros que podía arrostrar. El 28 de octubre llega a Villarcayo, en la provincia de Burgos, y, el día 1 de noviembre alcanza Balmaseda. Sus movimientos son lentos, inusitado para un ejército de la época, pero la escasez de calzado de sus hombres le impiden avanzar con rapidez y verificar movimientos por terrenos abruptos.

Desde Balmaseda se dispone a ir hasta Portugalete, pero allí recibe noticias de que los facciosos están levantando el sitio como si pretendieran realizar una expedición al interior de la Península. Esta noticia y el conocimiento de que la división enemiga de don Pablo Sanz se aproxima desde Asturias le hace retroceder a una posición más centrada desde donde puede esperar acontecimientos. Se concentra en el Valle del Mena, en donde se producen los primeros síntomas de indisciplina, verdadera lacra del ejército liberal.

El 9 de noviembre los carlistas reanudan el sitio y Espartero, conociendo las fortificaciones que habían puesto aquéllos entre su ejército y Bilbao y la dificultad de superarlas, vuelve a desbordar las líneas contrarias dirigiéndose a Castro-Urdiales, a donde llega el 20 del mismo mes con la pretensión de embarcar su ejército, apoyándose en las unidades navales españolas e inglesas que se encontraban en la zona, pero un temporal obliga a los buques a permanecer en el puerto. Por fin el 23 amaina la fuerza del viento y empiezan a embarcar, alcanzando los primeros batallones la población de Portugalete. Pero al día siguiente vuelve el mar a ensorbecerse y

el ejército queda dividido y en una situación precaria, a costa del peligro del ataque carlista. La situación se normaliza y el día 27 han pasado todas las fuerzas desde Castro-Urdiales a Portugalete. Pero la batalla por Bilbao no ha hecho más que empezar.

Espartero quiere caer sobre la ciudad sitiada por el oeste; para ello, atraviesa el río Galindo por un puente de barcas sin apenas resistencia, ocupa las alturas de Baracaldo y hace retroceder a los carlistas que se repliegan por el puente de Castrejana. Las tropas de la Reina se apoderan del convento de Burceña. A su vez el General en Jefe, poniéndose a la cabeza de su escolta y estado mayor, arremete contra las últimas posiciones carlistas, que retroceden apresuradamente sobre el río Cadagua.

Parecía que la operación iba a ser más fácil de lo previsto tal como se desarrollaban los primeros combates, pero cuando se prepara para atravesar el río Cadagua por el puente de Castrejana —camino natural hacia Bilbao— se encuentra con una resistencia insospechada por parte de los carlistas. La vanguardia recibe un nutrido fuego del bien parapetado enemigo que le hace sufrir sensibles pérdidas; no obstante, resiste, pero los carlistas envían fuerzas considerables al puente de Arsoategui, amenazando su flanco descubierto. La situación llega a ser crítica y, ante ello, Espartero ordena la retirada hacia el Galindo, pernoctando las tropas en los altos de Baracaldo.

Los liberales se dan cuenta que intentar auxiliar la plaza por la orilla izquierda del Nervión era un suicidio, decidiendo Espartero convocar, el 30 de noviembre, una junta de generales que le asesorara sobre lo que se podría hacer. Las opiniones fueron dispares, proponiendo algunos el abandono de la misión. Solamente la voluntad de Espartero pudo enderezar la situación.

Se decide avanzar el grueso de la fuerza por la orilla opuesta del Nervión, para lo cual era preciso atravesar dicho río. Para ello, como todos los puentes habían sido destruidos, se construye uno de barcas, y se procede el 1 de diciembre a pasar el ejército a la otra orilla. Se atraviesa el río Gobela sin grandes problemas avanzando en tres columnas, una brigada en vanguardia y dos alas, cada una formada por una división. La pretensión era desbordar las posiciones carlistas, pero no pudieron atravesar el río Azúa por estar cortados los puentes. El intenso fuego que se le hacía desde unas elevaciones de la orilla izquierda que dominaban el valle del río, y la existencia de otro río (el Gobela) a sus espaldas, planteaba una delicada situación para los cristinos, dándose la orden de retirada. La presión carlista fue muy fuerte. La retirada se efectuó por escalones, dándose muestras de valor y rechazando las acometidas de los carlistas. En uno de los choques cayó

mortalmente herido el conde de Campoalange, Grande de España, que hasta el último minuto siguió arengando a sus hombres.

Los días 6 y 7 de diciembre hubo que mantener las posiciones, ya que el puente de barcas montado sobre el Nervión se había deteriorado de tal manera que no podía ser utilizado, procediéndose a la construcción de otro nuevo.

Se decide efectuar el paso de noche, siendo éste un momento muy delicado. Para ello, ordena Espartero que se verifique por batallones, dejando cada uno una compañía en la posición y encendidos todos los fuegos, de tal forma que no se diera cuenta el enemigo de la operación. Todo marchaba perfectamente cuando, a mitad de la maniobra, el puente se hizo pedazos. El general Ceballos Escalera, que había quedado en la orilla derecha del Nervión, requisó todos los barcos existentes, embarca sus fuerzas y a las compañías que habían quedado en las posiciones y atraviesa el río. En la mañana del día 8, el ejército se encontraba de nuevo en Portugalete: parecía que se alejaba el auxilio a Bilbao.

A la bajada de moral por la frustrada segunda tentativa se unía la falta de fondos para atender las necesidades más perentorias, la ausencia de ropa de abrigo y calzado y unas condiciones meteorológicas totalmente adversas. Para paliar la falta de dinero, recurre Espartero a su propia fortuna personal, actitud que le honra y que cobraría casi diez años más tarde.

Más de una semana pasó el ejército en estas condiciones, hasta que el 17 parecía que la suerte empezaba a cambiar. El teniente de navío Chacón, arrojando la violencia del temporal, pudo llegar a Portugalete trayendo algo de dinero, y el mismo día el vapor inglés James Waps proporcionó pares de zapatos a los descalzos soldados.

Levantada la moral por estos acontecimientos se decide reiniciar las operaciones; para ello, se modifica sustancialmente el plan de maniobra. Ya no se atacaría por una de las orillas del Nervión, sino por las dos, encontrándose lo suficientemente juntas para apoyarse y lo suficientemente separadas para obligar a su vez a los carlistas a hacer lo mismo.

El día 19, de madrugada, atraviesan el Nervión en pontones la caballería y la artillería y el 20 lo efectúa la infantería. La operación es apoyada eficazmente por los cañones de los buques españoles e ingleses que habían penetrado en la ría hasta la altura del Galindo. Estas fuerzas tenían por misión presionar en el Azúa, de tal forma que pudiera aliviar la tensión sobre la acción principal que se quería realizar sobre el demolido puente de Luchana, muy próximo a la desembocadura del Azúa.

Este plan se apoyaba sobre dos puntos cardinales: el de amenazar o herir el ala izquierda del enemigo empuñándole de este modo, en que acudiera a

sostenerla y debilitara a las fuerzas con que cubría el puente de Luchana; segundo, reconstruir este puente y lanzar al otro lado, con el objeto de proteger operación tan atrevida, fuerzas bastante considerables para contener el ímpetu de los batallones carlistas que guarnecían la falda del monte Cabras.

La batalla fue muy cruenta y el duque de la Victoria, aquejado de cistitis, guardaba cama, hasta que al anochecer del 24 de diciembre, al ver que los intentos por ocupar el puente son vanos, se levanta del lecho y se lanza al frente de varios batallones a su conquista. Los soldados, enardecidos por el valor de su General en Jefe, conquistan el estratégico punto en la madrugada del día de Navidad. El caudillo carlista se da cuenta de que la batalla está perdida, ordenando la retirada y el levantamiento del sitio. No hay persecución. Las fuerzas liberales están exhaustas. El objetivo ha sido alcanzado, entrando al amanecer del 25 en la villa de Bilbao entre los aplausos de la población. Espartero se convierte en el ídolo del pueblo.

Aquí finalizamos su perfil militar. En la batalla de Luchana supo vencer al desánimo, elevar la moral de las tropas, maniobrar con habilidad, ser precavido y al mismo tiempo audaz, y buscar, ver y encontrar lo que todo general se propone: el punto decisivo. Su victoria ante fuerzas más numerosas y pertrechadas le eleva a la categoría de gran general; la pena, que sus enemigos fuesen españoles.

A partir de entonces, aunque la guerra se prolongó varios años, la iniciativa se encontró la mayor parte del lado isabelino.

PERFIL POLÍTICO

La guerra de la Independencia revolucionó la procedencia del cuerpo de oficiales. Hasta entonces la oficialidad del Ejército de los Borbones era fundamentalmente elitista, de tal forma que los verdaderamente profesionales eran los soldados, extrayéndose los mandos de las capas más aristocráticas de la sociedad, las cuales dedicaban el primogénito a conservar el patrimonio familiar y los segundones se dedicaban a la Iglesia o a la milicia. El Ejército conformaba una sociedad cerrada muy fiel a la figura del monarca.

Carlos IV y Fernando VII continuaron los tradicionales pactos de familia con Francia en la figura de Napoleón, de tal forma que el 2 de mayo no fue una sublevación militar sino popular, siendo escasos los cuadros de mando que se adhirieron. La España de 1808 necesitaba un ejército, formándolo del pueblo en armas, extrayendo los oficiales de los universitarios

y de los más capaces de los guerrilleros. La Regencia crea academias militares, en las que se forman mandos afines a las ideas constitucionales. De tal forma es así, que tras el regreso de Fernando VII, se puede decir que la inmensa mayoría de los oficiales que habían hecho la guerra, y los que regresaron de las prisiones francesas, estaban imbuidos de las ideas liberales. Por ello, el tachar a Espartero de liberal como si fuera la excepción de la regla, es un contrasentido. Distinto es el encasillamiento de liberalismo ya que, a raíz de la muerte de Fernando VII, se dividió en moderados y progresistas.

Espartero era el prototipo del militar constitucional. Prácticamente la guerra la pasó en la sitiada Cádiz, cuna de la Constitución de 1812, y dentro de una academia militar creada por la Regencia. Marchó a América no sólo por sus ansias de gloria sino también por la ola de absolutismo que imperaba en España. La firma de la Constitución en 1820 la expresó con versos de alegría, y se le acusó de haber presionado, junto con otros oficiales, al entonces virrey Pezuela para que dimitiera, entregando el mando a De la Serna. En realidad, su escasa graduación hace impensable que tuviera preponderancia en el nombramiento del último; a lo sumo, se podría decir que apoyó con su unidad la elección del nuevo virrey. Tenemos pues al futuro duque de la Victoria con una ideología de monarquía liberal que era común a la mayoría.

Se le acusó de que actuó, incluso firmando condenas a muerte, contra los responsables de pronunciamientos liberales en Cataluña, encontrándose allí de guarnición con su regimiento, a las órdenes del Capitán General, conde de España. Es probable que le repugnara la acción represiva ordenada por el gobierno de Fernando VII, pero era un soldado y como tal acataba órdenes, no teniendo aún formada su ideología política, excepto en su sentimiento constitucionalista.

Como la casi totalidad del Ejército apoyó a Isabel II, cuya madre, la Reina Gobernadora María Cristina, abogaba por una monarquía liberal; pero de hecho, no se decantó por ninguno de los dos partidos (moderado y progresista) en que se dividió la clase política.

Existen diversos trabajos sobre el ejército carlista de la primera guerra, coincidiendo todos en que menos de doscientos oficiales se sumaron a la causa del Pretendiente don Carlos; de ellos, veintidós generales, que debe considerarse una mínima parte si se tiene en cuenta que el cuadro de oficiales generales en 1833 era de quinientos sesenta y nueve.

Cuando la llamada expedición real de Carlos V amenazaba la Corte, acudió Espartero en su ayuda, llamado por el progresista Mendizábal, a la sazón Presidente del Gobierno. A su llegada a Madrid fue inmediatamente

tentado por los moderados para dar un golpe de timón que hiciera caer al Gobierno. Espartero rechazó el ofrecimiento, más que por convicción política por considerar que el peligro que corría la Patria desaconsejaba inestabilizar más de lo que estaban las instituciones del Estado. Fue precisamente en ese momento, agosto de 1837, cuando Espartero se adhirió al progresismo; como decimos, más que por convencimiento de su ideología, por rechazo a la inestabilidad que preconizaban los moderados.

Su adhesión al progresismo no era en principio beligerante, pero las maquinaciones de los moderados por hacer caer el Gobierno —con el plante de los oficiales de la División de la Guardia y las cortapisas que pusieron los distintos gobiernos de esta tendencia a la marcha de la guerra, restringiendo las peticiones en hombres y materiales, impidiendo una dirección efectiva de las operaciones y contraponiendo la figura de Narváez a la de Espartero—, van acercando al futuro Regente a las filas de los progresistas militantes, que sólo desean disponer de una persona de su prestigio para alzarse con el poder. No obstante, este ofrecimiento al liderazgo no es unánime, ya que determinados sectores, los más intransigentes, no perdonan a Espartero su falta de energía en reprimir el motín de la División de la Guardia en 1837, que hizo caer al gobierno progresista de Calatrava.

El fracaso moderado en terminar la contienda y las maquinaciones de Narváez y Fernández de Córdoba de levantar al Ejército de Reserva, dejaron todos los triunfos en manos de Espartero, que fue elevado en la consideración nacional hasta alturas insospechadas, de tal forma que nada se efectuaba en la vida política española de 1839 sin su previa aprobación. Contaba el duque de la Victoria con dos elementos extraordinariamente adictos: la oficialidad, que recibía ascensos, honores y paga gracias a él, y la Milicia Nacional. Los primeros lo abandonaron en 1843, pero la segunda le fue fiel en todo momento.

Hemos visto en el perfil humano, que el vencedor de Luchana era engreído; nada mejor para hacerse apreciar por él que llenarle de alabanzas, y esto es lo que realizó una camarilla, capitaneada por su antiguo jefe de Estado Mayor, general Linage, su «ángel malo», como se le llegó a denominar en los periódicos y en la opinión pública. Como dice Romanones en la biografía: *El coro de aduladores, cortejo obligado del vencedor, le hizo creer; derramando sobre él a boleo cuantos adjetivos encomiásticos ofrece la rica habla castellana, que en lo militar podía codearse con Napoleón o Federico el Grande, y en lo político, con Metternich y Tayllerand.*

Tras la promulgación de la Constitución de 1837 ganaron las elecciones los progresistas; sin embargo, los incidentes de Aravaca, con el plante de la

División de la Guardia, obligaron a dimitir al Gobierno Calatrava y, tras un breve gobierno de Bardají, se dio paso a los moderados a pesar de que aquellos seguían teniendo mayoría. Evidentemente, la mezcla no podía ser más explosiva: una Constitución progresista, una Reina Gobernadora contraria a la misma por recortarle sus atribuciones, un Gobierno moderado en unas Cortes con mayoría contraria, y un general progresista que, aunque declinaba el poder directo, exigía tácitamente su aprobación para cualquier acto de gobierno.

A finales de 1839 se disolvían las Cortes sin llegar a concluir el periodo para el que habían sido elegidas, iniciándose por parte de los moderados una campaña para hacerse con el poder en las siguientes elecciones, al mismo tiempo que desde sus periódicos afines se vertían continuas diatribas contra la intervención de Espartero en los asuntos del Estado. Las cosas fueron subiendo de tono, publicando el general-secretario del duque de la Victoria, Linage, el posteriormente denominado *Manifiesto de Mas de las Matas* —por ser ésta la ubicación en aquel momento del cuartel general del Ejército de Operaciones— en donde se refutaba de forma enérgica todas las afirmaciones de querer actuar como un dictador para con la Patria. Sus acusaciones contra ministros y personajes influyentes del Gobierno eran demasiado claras, por lo que el ministro de la Guerra exigió del General en Jefe el castigo o reprensión del culpable. Tras la negativa de Espartero a arrestar y apartar de su lado a su subordinado, hizo ver de forma clara que estaba detrás del manifiesto. Los moderados se encontraron con un enemigo demasiado poderoso y los progresistas con la esperanza de que el día de la revolución triunfante y definitiva estaba cerca y que ya tenían un verdadero líder.

La Reina María Cristina sabía que la única forma de gobernar era atrayéndose a la persona más influyente del reino: Espartero. Para ello, nombra a su mujer su dama de compañía; le escribe cartas autógrafas y le adula constantemente. Pero el victorioso general, que en todo momento había dado muestras de idolatrar a su Reina —se llegó a considerar que le tenía amor platónico—, de pronto empieza a cambiar en su forma de actuar con respecto a su Soberana. La razón que se puede aducir es el sentimentalismo (infantilismo en realidad) que tenía para una viuda joven y guapa, madre de dos niñas pequeñas, con toda la responsabilidad de la carga del Estado, rompiéndosele de pronto el esquema al conocer el casamiento secreto de María Cristina con el apuesto Fernando Muñoz.

La chispa que hizo saltar el polvorín español fue la Ley de Ayuntamientos que el Gobierno moderado quería que firmara la Soberana, ley considerada anticonstitucional por los progresistas. El artículo 70 de la

Constitución expresaba explícitamente que: *Para el gobierno interior de los pueblos habrá Ayuntamientos nombrados por los vecinos a quienes la ley conceda este derecho*. El poder local posibilitaba la presión en los comicios generales, por lo que quien lo detentara tenía la mayoría en las Cortes. Unos ayuntamientos demasiado «democráticos» impedían el «caciquismo» y por tanto una posible victoria de los progresistas. La Ley de Ayuntamientos vulneraba claramente el espíritu de la Constitución, pero rozaba la literalidad del artículo al exponer que los alcaldes serían elegidos por el gobierno, disponiendo de atribuciones para suspender todos los acuerdos de la corporación que no estuviesen ajustados a su opinión. No se contentaba con ello la citada ley, sino que exigía que la lista electoral sería elegida por el alcalde. La aprobación de la ley ocasionaba que de facto y de hecho el gobierno de turno tendría las llaves de cualquier elección que se celebrase.

Evidentemente, definido Espartero como progresista, no podía aceptar la citada norma y así lo expresó a la Reina; la cual, a pesar de sus titubeos iniciales la firmó, pensando tal vez que la fidelidad que en todo momento le había demostrado el general no se rompería por tal motivo. No fue así. Espartero, que había sido recibido como un héroe en Barcelona y que diariamente llegaban centenares de telegramas a su cuartel general, dimitió de todos sus cargos y honores, dándole extraordinaria publicidad, lo que obligó a la Regente a mantenerlo en el puesto. Tras la firma se produjeron las primeras revueltas: Barcelona, Zaragoza, Madrid y otras ciudades se sublevaron y al ser requerido Espartero para reprimirlas indicó que no podía dar una orden de esa naturaleza *porque las tropas se negarían a hacer fuego al pueblo*. No obstante la negativa, desplegó las tropas y las turbas calmaron sus ansias de pillaje. Corría el mes de julio de 1840.

A finales de julio se nombró nuevo Gobierno, cuya duración fue efímera, ya que la crisis se originó al no querer aceptar la Regente la disolución de las Cortes y la congelación de la Ley de Ayuntamientos. La situación política fue haciéndose más caótica, de tal forma que presionada la Reina, presentó de forma imprevisible su abdicación, dejando el poder y sus hijas en manos de Espartero, al que había nombrado previamente Presidente del Consejo de Ministros. El documento autógrafo de abdicación contenía las primeras causas de descomposición posterior, al expresar la conveniencia de que la regencia la ostentaran varias personas.

El coro de aduladores que rodeaba a Espartero, y su carácter mesiánico, le hicieron ver que era el hombre elegido para salvar a la Patria y colocarla en el sitio que por la Historia le correspondía. Su fortuna en la guerra, sus heroicidades que le hacían ser un mito entre el pueblo, sus dotes diplomáti-

cas puestas a prueba en Vergara, su talante liberal, su procedencia, y tantas otras cosas, le elevaron en su propia consideración, de tal forma que a partir de este momento se creía un predestinado de Dios, que todo lo que pensaba y hacía era lo mejor y que nunca dejaría de tener el apoyo del pueblo, porque en realidad él era el pueblo.

Espartero entraba en un mundo en donde la verdad nunca se muestra nítida, en donde la sinceridad no era la mejor virtud, en donde nada era totalmente blanco o negro sino que predominaban los grises: entraba, en definitiva, en el mundo de la política y lo hizo de la peor manera posible, escoltado por su esfera militar y con lenguaje y maneras propias de una acción bélica, y no para el tratamiento que hay que plantear en la Cámara. Por ello, desde el primer momento se alejaron no solamente los moderados, que era lógico, sino los hombres más señalados del progresismo.

El primer problema que se planteó en la nueva situación política fue la elección de la regencia. Como vimos, María Cristina en su abdicación había dejado entrever la conveniencia de una regencia compuesta por varias personas, por lo que los progresistas aconsejaron la formación de una regencia trina con Espartero, Argüelles y Mendizábal, mientras los partidarios del primero preconizaban otra única con éste como Regente.

Antes de iniciarse las discusiones en las Cortes, Linage publicó una carta en la prensa declarando que el «Conde-Duque» —como se hacía llamar, imitando al de Olivares— aceptaría lo que aprobaran las Cortes, pero que en el caso de que la regencia no fuera única, se retiraría a su casa de Logroño abandonando los asuntos públicos. Salió elegido regente Espartero, pero si ya algunos progresistas le habían abandonado —por los sucesos de Aravaca, por los de Barcelona y por sus maneras al hacerse cargo del poder—, ahora le abandonan los mejores parlamentarios de este partido. A los pocos meses de la abdicación de la Reina María Cristina ya existía un foco insurreccional alimentado por ésta, y en donde se alineaban moderados y progresistas con un objetivo, el de derrocar al general.

Desde hacía muchos años, la intervención extranjera en España, a través de sus embajadores, era determinante en asuntos concretos, enfrentándose los inexpertos gobiernos del Regente a las intromisiones de la Iglesia, a la posición francesa ante la futura boda de Isabel II, y, a la sibilante diplomacia británica, de tal forma que confrontándose demasiado directamente en unos casos y claudicando en otros, iba dejando jirones de soberanía por cada día de régimen que transcurría.

María Cristina desde París se retracta de su abdicación, alegando que le fue arrancada por la fuerza. Una de las razones fue el cambio de personas

que cuidaban de la Reina niña y de su hermana María Luisa, considerando que ella como madre tenía la facultad de su elección. Fue el encendido de la conspiración. La operación constituyó un secreto a voces, excluyendo de su conocimiento al Regente que, encerrado en su urna de cristal, sólo quería oír el incienso que echaban sobre sus oídos sus admiradores. La sublevación se produjo en Zaragoza, Vitoria, Barcelona, Pamplona y Madrid. O'Donnell, cabeza de la misma, logró huir a Francia. Borso di Carminati y Montes de Oca fueron fusilados. Mención aparte fue el intento de asalto al Palacio Real del general Diego de León, defendido por el comandante Dulce. Diego de León, la primera lanza de España, no quiso aceptar la oferta de huida, aceptando la pena que se le impusiera. Espartero no se comportó generosamente, desechó todas las peticiones de clemencia, españolas y extranjeras, siendo León pasado por las armas.

Los gobiernos se sucedían ininterrumpidamente (González Olañeta, Rodil y Gómez Becerra) no pudiendo llevar a cabo ninguno de ellos un programa coherente, por lo que Espartero se decidió por elección de nuevas Cortes.

El conde de Luchana tenía por principio básico de convivencia política el «hágase la voluntad nacional», y de hecho lo mantuvo en todo momento, de tal manera que por Orden de la Regencia de 21 de diciembre, solicitaba la más absoluta libertad en las elecciones (febrero de 1841), para conocer la «verdadera opinión y voluntad del país». En mayo de 1843 vuelve a exponer prácticamente lo mismo, ordenando a todos los funcionarios públicos la más absoluta neutralidad, para que los elegidos *...sean la verdadera expresión de la voluntad popular*.

Dimitido Gómez Becerra, el Regente nombra Presidente del Gobierno a uno de sus más encarnizados enemigos, Joaquín María López, en un intento de rebajar la tensión política. Se aprobó una ley de amnistía que sólo favorecía a los sublevados de octubre del 42, y se relevó a Linage, pero nada de ello impidió el alzamiento popular. Primero fue Málaga. Prim se sublevó en Cataluña, profundamente sensibilizada por la política librecambista del Regente que beneficiaba a Inglaterra en detrimento de la incipiente industria del Principado. Luego siguieron Madrid, Granada, etc...

Espartero, al frente de un ejército, avanzaba hacia el sur, pareciendo más una huida que un encuentro hacia los sublevados. El 30 de julio abandonaba la Península, embarcando en un buque inglés que lo condujo a Londres. El Gobierno recién constituido le privó de todos sus títulos, grados, empleos, honores y condecoraciones, ordenando a todas las autoridades del Estado que en caso de encontrarle y reconocerlo, sin más trámite, fuera pasado por las armas como traidor a la Patria.

En sus dos retiradas políticas, la de 1843 y la de 1856, contaba con gran parte del fervor popular y, por supuesto, con la fidelidad de la Milicia Nacional, fuerza que contaba con más de cien mil hombres perfectamente armados con armamento ligero; por ello, es una incógnita la razón por la que en las dos veces decidió huir sin luchar. Evidentemente, el valor físico y el miedo al fusilamiento no eran la razón, sabiendo que había arrojado las penalidades de mil combates y se había lanzado sobre la parte más peligrosa del combate. Por ello, la causa más plausible de tan anormal comportamiento era su fidelidad a la Corona, de tal manera que, el hecho de enfrentarse los dos partidos que habían aceptado la sucesión de Fernando VII originaba una más que probable guerra civil y cuanto menos la venida de la república.

Los progresistas pagaron duramente su unión contranatura con los moderados. En un principio gobernó Joaquín María López, que fue el que anatemizó a su antiguo jefe, sucediéndole Salustiano Olózaga, que se vio envuelto en un oscuro episodio, presumiblemente urdido por sus oponentes políticos con la connivencia de la propia Casa Real. El cambio de régimen, con el adelantamiento de la mayoría de edad de Isabel II a los trece años, exigía unas nuevas Cortes, cuyo decreto de disolución presentó Olózaga a la Soberana. Al poco tiempo empezó a correrse el rumor de que la firma de la Reina había sido obtenida por la fuerza, incluso con violencia física. El escándalo se hizo inmenso. El Presidente del Gobierno, aunque se defendió, tuvo que dimitir, cediendo a un gobierno moderado presidido por González Bravo, que preparó las elecciones con mayoría absoluta para su partido. En mayo de 1844 le sucedió Narváez, el «espadón de Loja», viendo el progresismo que solamente mediante otra revolución podrían hacerse con el poder.

A los pocos meses de su alevosa derrota, Espartero, resurgiendo de sus cenizas, volvió a liderar su partido, ya que los progresistas que habían apoyado el levantamiento de julio de 1843 volvieron a aceptarlo como líder a finales del mismo año, dándose cuenta de su gran error.

Mucho fango se intentó echar sobre su memoria: se le acusó de haberse llevado dinero del Estado y de las más mezquinas acciones, pero nada de ello le hizo caer del pedestal del pueblo. Con el paso del tiempo, los propios moderados tuvieron que retractarse de tanta infamia, exponiendo que no solamente no se había llevado dinero, sino que el propio Estado le era deudor por los adelantamientos económicos que efectuó de su propio pecunio para poder pagar al ejército.

Pocas realizaciones se hicieron durante los dos años de la regencia, pero como dijo posteriormente, poco se podía hacer entre tantas luchas políticas, en la permanente inestabilidad, en la sucesión de gobiernos que caían por

motivos sin sentido y en el permanente recurso a las urnas que exigía que España estuviera siempre en campaña electoral.

Al final de sus días expuso algunos retazos de su vida y al contar los años de la Regencia, decía:

Mi Regencia, sin embargo, algo bueno debió hacer en el terreno de los principios y en la práctica de la administración y gobierno. En esa época corta se completó la desamortización de toda la propiedad que tan gran vuelo ha dado a las rentas públicas. Se impulsaron las obras públicas para dar comunicación fácil al comercio y al mercado. Se puso en práctica la Ley de Instrucción Pública de 1838 y principiaron las Escuelas Normales, que tan grandes resultados han dado para la ilustración pública y la moral. Se proveyó a la subsistencia del clero y a los gastos del culto y, finalmente, se iba atendiendo a todo como se podía, en medio de un Tesoro exhausto y un presupuesto pobre y miserable.

Espartero se comportó en el exilio con gran dignidad. Fue acogido por el gobierno inglés con gran simpatía, incluso se le ofreció una pensión que rechazó. Las invitaciones, tanto de la Casa Real británica como de la nobleza y miembros del gobierno fueron numerosas, ocasionando protestas diplomáticas del embajador español, duque de Sotomayor, y recibiendo incluso ofensas contra doña Jacinta, cuestión que el General no podía admitir, retándole a un duelo. Durante los cinco años que permaneció en Inglaterra, aunque dedicado intensamente al campo y a la jardinería que llegó a ser su otra vocación, no desatendió los asuntos internos españoles. Al poco tiempo se planteó el casamiento de Isabel II, existiendo varios candidatos: los dos hijos de Francisco de Paula, hermano de Fernando VII; Leopoldo de Sajonia-Coburgo, candidato de Inglaterra, aunque posteriormente el gobierno británico declaró que el candidato más idóneo era un español; los duques de Aumale y Montpensier, hijos de Luis Felipe de Orleans, rey de Francia desde la revolución de 1830; incluso el conde de Montemolín, hijo del denominado Carlos V, candidato del erudito Jaime Balmes, como solución al problema dinástico español. El tema fue tratado por los moderados de forma caótica, cometiéndose grandes fallos diplomáticos, optándose, por fin, por el candidato que menos problemas exteriores causaría, don Francisco de Asís, del que dijo la Reina tras la noche de boda, que tenía más encajes que ella. Este matrimonio, aparentemente inocuo, fue causa de múltiples males para España, hizo desgraciada a Isabel II propiciando una vida íntima llena de engaños y de mentiras que ineludiblemente traspasaron lo que era el lecho conyugal y se extendieron por el territorio nacional. De esta forma, la Reina, espejo de virtud para los españoles, se transformó en una especie de «fulana», perdiéndosele el respeto que se debía a la Corona.

El candidato progresista era el hermano del anterior, don Enrique, que había demostrado ideas liberales. Espartero apoyó la candidatura, incluso se planteó la posibilidad de volver a España mediante un acto de fuerza y audacia. La operación no llegó a producirse ya que, llegadas noticias a oídos de Narváez, reiteró el decreto de exoneración, ordenando que fuera pasado por las armas nada más desembarcar y ser reconocido.

En la España del XIX era imposible alcanzar el poder sin previamente detentar el Gobierno. El sistema electoral estaba prostituido y en manos de los caciques locales. En resumen, el constitucionalismo (no ya la democracia) no existía, por lo que el único camino que le quedaba al progresismo era la insurrección armada.

A finales de 1844 se sublevó en Logroño un fiel de Espartero, el general don Martín Zurbano. En las mismas fechas lo hizo en Cartagena el coronel Bonet y dos años más tarde se sublevaron las guarniciones gallegas. Todas fueron aplastadas y sus responsables pasados por las armas. Uno de los artífices de las sangrientas represiones fue el general don José Gutiérrez de la Concha, cuñado de Espartero, siendo lógico que no existiera simpatía entre ambos.

En 1845 se promulgaba una Constitución moderada, sin que la añorada estabilidad política, social o militar se hiciera patente. El 3 de septiembre de 1847, siendo Presidente del Gobierno don Joaquín Francisco Pacheco, se expedía un decreto de Isabel II nombrando a Espartero senador del Reino, lo que significaba de facto y de hecho una rehabilitación de su figura. Otro real decreto de 1 de octubre le nombraba ministro plenipotenciario ante S.M. británica, lo que declinó porque deseaba volver a la Patria.

A principios de 1848 pasó por Madrid para tomar posesión de su escaño de senador, contando las crónicas que su estancia fue una ininterrumpida sucesión de personas que deseaban admirar al «pacificador» de la Patria. Poco duró su estancia en la capital, pues estaba convencido y desengañado de las luchas políticas y predispuesto a pasar el resto de sus días en Logroño cuidando de sus fincas. Al despedirse de la Reina, se cuenta, que le dijo: *Suplico a Vuestra Majestad me llame siempre que necesite una espada para defenderla o un corazón para amarla*, aseveración que se hizo profética cuando la Reina lo llamó ante la revolución de 1854.

Como complemento de la anterior escena, se cuenta que cuando la Reina lo vio en el Palacio Real, rompió en llantos y le dijo: *Ya sabía yo que serías mi salvación*.

En 1854 comienza el llamado «bienio progresista», durante el cual fue Presidente del Gobierno el propio don Baldomero, pero como diría posteriormente: *Yo no me sentí ni por un minuto verdadero jefe del Gobierno*, siéndo-

lo de hecho el general O'Donnell. Como siempre los escollos abundaron, siendo el primero el odio del pueblo hacia la antigua Reina Gobernadora, a la que consideraban culpable de todos sus males. La revolución exigía su procesamiento, lo que era una monstruosidad para su propia hija, Isabel II. Espartero facilitó su huida hacia Portugal, lo que originó manifestaciones en su contra, cuando hacía una semana escasa todo eran vítores y aplausos.

Los prohombres de la revolución consideran agotada la Constitución de 1845 y convocan Cortes Constituyentes, que lógicamente cuentan con mayoría progresista. Esta Constitución, aprobada y firmada, no llegó a ver la luz, por la caída del régimen que la había elaborado.

Las «poses» de Espartero, su carácter engolado y reglamentista provocaron que fuera fácil presa de chistes y artículos en los diarios, principalmente de un folleto titulado «Padre Cobos», cuya anotaciones eran verdaderamente sangrientas.

El gobierno progresista no eliminó los continuos pronunciamientos militares, sublevaciones y levantamientos populares. O'Donnell era partidario de mano dura contra los revoltosos, exigiendo en cambio mesura, Espartero. Este intercambio de opiniones entre ambos tratadistas en presencia de Isabel II provocaron la dimisión del segundo, creyendo que no sería aceptada, pero la Reina ya había planeado esta especie de «golpe de estado» con O'Donnell, nombrándole de inmediato Presidente de Gobierno, haciendo a continuación presentación de su Gabinete. Espartero se dio cuenta del engaño.

La caída de Espartero provocó el levantamiento de barricadas en Madrid. Los diputados se parapetaron en el edificio de las Cortes y comunicaron que preferían morir antes que abandonar sus escaños. La Milicia Nacional se alzó en armas esperando las consignas de su jefe, pero el duque de la Victoria no apareció. Su sensibilidad ante la posible caída del trono le hizo abandonar la Corte y dirigirse de forma definitiva hacia sus tierras de La Rioja.

Cinco años duró el Gobierno de la Unión Liberal, el partido creado por O'Donnell con los moderados y progresistas más centristas. Durante ese tiempo España se abrió al exterior. Se combatió en Italia, México, Cochinchina y Marruecos, pareciendo que de nuevo entraba en el concierto de las naciones. Pero la utopía era transitoria. Cayó O'Donnell por las maquinaciones de la Reina y de los moderados, y se entró en una fase que sólo el poder del terror, creado por Narváez, mantenía el trono. Todos, progresistas, demócratas, republicanos, federalistas, marxistas, etc... se unían para derribar a Isabel II. El mando real de los primeros, aunque mantenían la designación nominal de Espartero como su jefe de filas, lo detentaban otros, entre ellos Prim.

La revolución de 1868 proporcionó la última satisfacción al valiente soldado cuando las Cortes le propusieron como candidato a la Corona española, distinción que declinó: por sus años, no tener descendencia y por no considerarse digno de tal alta estima.

Proclamado Amadeo I, lo acata como Soberano, diciéndole: ... *acato fielmente la persona de V.M. como Rey de España, cuya suprema dignidad le ha sido conferida por la voluntad nacional*. Fue el nuevo Rey, huesped del anciano general en Logroño, quedando prendado el joven monarca de sus virtudes. Al despedirse le hizo la merced de Príncipe de Vergara, con tratamiento de Alteza Real.

Derrocado Amadeo, el primer Presidente de la República, Estanislao Figueras, se apresuró a comunicar el nuevo régimen al ilustre anciano, el cual sin ninguna reserva, declaró: *cúmplase la voluntad nacional*.

Finaliza 1874 y Martínez Campos proclama Rey, en Sagunto, a Alfonso XII, que también se le apellidó el «Pacificador» por la terminación de la tercera guerra carlista. Regresando de la campaña se paró el Rey en Logroño para cumplimentar a Espartero y, éste, haciendo un gesto de verdadera majestad, se quitó la Gran Cruz de San Fernando que lucía en su pecho y colocándola en el de su Rey, le dijo que se había hecho merecedor a ella por su comportamiento en la guerra. El Monarca quedó profundamente agradecido al gesto del viejo general.

Viendo a España en paz y tranquilidad transcurrieron los pocos años que le quedaban de vida. La muerte de su amada Jacinta le postró para siempre. Murió el 8 de enero de 1879, cuando contaba ochenta y siete años de edad.

BIBLIOGRAFIA

- ALMIRANTE: *Estudios Militares* (Antología). Ediciones Ejército, Madrid, 1943.
- ALBI, J. y STAMPA, L.: *Las campañas de la caballería española en el siglo XIX*, Servicio Histórico Militar, tomo II, Madrid, 1985.
- ALONSO BAQUER, Miguel: *Las preferencias estratégicas del Militar Español*, Servicio de Publicaciones del EME, Colección Adalid, Madrid, 1985.
- ANÓNIMO: *Biografía de D. Martín Zurbano. Relación histórica de todos los hechos de este célebre guerrillero durante la guerra civil y la regencia de Espartero, y de los acontecimientos que motivaron su fusilamiento en Logroño*, edición facsímil, Madrid, 1870.
- ANÓNIMO: *Historia de don Diego León, primer conde de Belascoain, con una breve relación de todas sus hazañas y hechos de armas durante la guerra civil, hasta su muerte en 13 de octubre de 1841*.
- ANÓNIMO: *Historia del general carlista don Ramón Cabrera, desde su nacimiento hasta los últimos sucesos*», edición facsímil, Madrid, 1874.
- ANÓNIMO: *Historia Militar*, libro de texto que se impartía en las Academias Militares Españolas, Imprenta del Colegio «María Cristina», 1921.
- ANÓNIMO: *Historia Militar y política de don Tomás de Zaumalacárregui, y de los sucesos de la guerra de las provincias del Norte enlazados a su época y nombre*, ded. facsímil, Madrid, 1870.
- ARTAGAN, B. de: *Victorias carlistas de antaño*, Biblioteca de la Bandera Regional, Barcelona, 1910.
- BIDONDO, Emilio A.: *La Guerra de la Independencia en el Alto Perú*, Círculo Militar de Argentina, Buenos Aires, 1979.
- CHAMORRO Y BAQUERIZO, Pedro: «Biografía del General Conde de Luchana», *Estado Mayor General del Ejército Español. Historia del Ilustre Cuerpo de Oficiales Generales, Capitanes Generales*, Madrid, 1851; IDEM: *Estado Mayor General del Ejército Español. Historia del Ilustre Cuerpo de Oficiales Generales, Teniente Generales, Mariscales de Campo y Brigadieres*, tres tomos, Madrid 1852 y 1854.
- CHRISTIANSEN, E.: *Los orígenes del poder militar en España, 1800-1854*, ed. Aguilar, Madrid, 1974.
- CLEMENTE, José Carlos: *Bases documentales del carlismo y de las guerras civiles de los siglos XIX y XX*, Servicio Histórico Militar, Madrid, 1985.
- GARCÍA RIVERA, F. (general): *Independencia de América. Bolívar*, ed. Juventud, Barcelona, 1944.
- GIRÓN, Pedro Agustín (marqués de las Amarillas): *Recuerdos 1778-1837*, ed. Universidad de Navarra, S.A, Pamplona, 1978.

- GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, José (general): *Guerra de la Independencia*, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, Madrid, 1902.
- KIERNAN, V.G.: *La revolución de 1854 en España*, ed. Aguilar, Madrid, 1970.
- LAVAUUR, Luis: «La expedición carlista del General Gómez», *Revista de Historia Militar*, n.º 42, 1977.
- MUNIÑA GÓMEZ, Eduardo: *Introducción a la estrategia militar española*, Servicio de Publicaciones del EME, Colección Adalid, Madrid, 1984.
- O'LEARY: *Memorias del General O'Leary* (edición facsímil), Ministerio de Defensa de Venezuela, 1981.
- ONCKEN, Guillermo (director): *Historia Universal*, tomo XXXIX, Montaner y Simón Editores, Barcelona, 1934.
- PALACIO ATARD, Vicente (varios autores): *España y el mar en el siglo de Carlos III*, ed. Marinvest S.A, Madrid, 1989.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: «Cádiz», *Episodios Nacionales*, ed. Urbión, Madrid, 1976.
- PÉREZ TURRADO, Gaspar: *La Marina española en la independencia de Costa Firme*, ed. Naval, Madrid, 1992.
- PIRALA, Antonio: *Historia de la Guerra Civil*, ed. Felipe González Rojas, Madrid.
- RIVAS SANTIAGO, Natalio: *Miscelánea de episodios históricos. Páginas de mi archivo y apuntes para mis memorias*, Madrid, 1950.
- ROLDÁN GONZÁLEZ, Enrique: «Los ejércitos carlistas del siglo XIX», *Revista de Historia Militar*, n.º 53, 1982.
- ROMANONES, Conde de: *Espartero. El general del pueblo*, Madrid, 1932.
- ROSELL, Cayetano: *Adición a la Historia de España del Padre Juan de Mariana y continuación de Miniana*, (tomos XXIII, XXIV y XXV), Madrid, 1942.
- SEGUNDO FLORES, José: *Espartero. Historia de su vida militar y política y de los grandes sucesos contemporáneos*, Madrid, 1844.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel: *La España del siglo XIX*, (tomos I y II), ed. Laia, Barcelona, 1980.
- VEGECIO RENATO, FL.: *Instituciones Militares*, Reproducción hecha con fines didácticos, no comerciales, para uso interno de la Escuela Superior del Ejército, Madrid, 1979.
- VIDAL DELGADO, Rafael: *Historia de la Guerra de la Independencia en el Campo de Gibraltar*, Algeciras, 1995.
- VILLAMARTÍN: *Nociones de Arte Militar (Selecciones)*, ed. Ejército.



Excmo. Sr. General don Baldomero Fernández Espartero



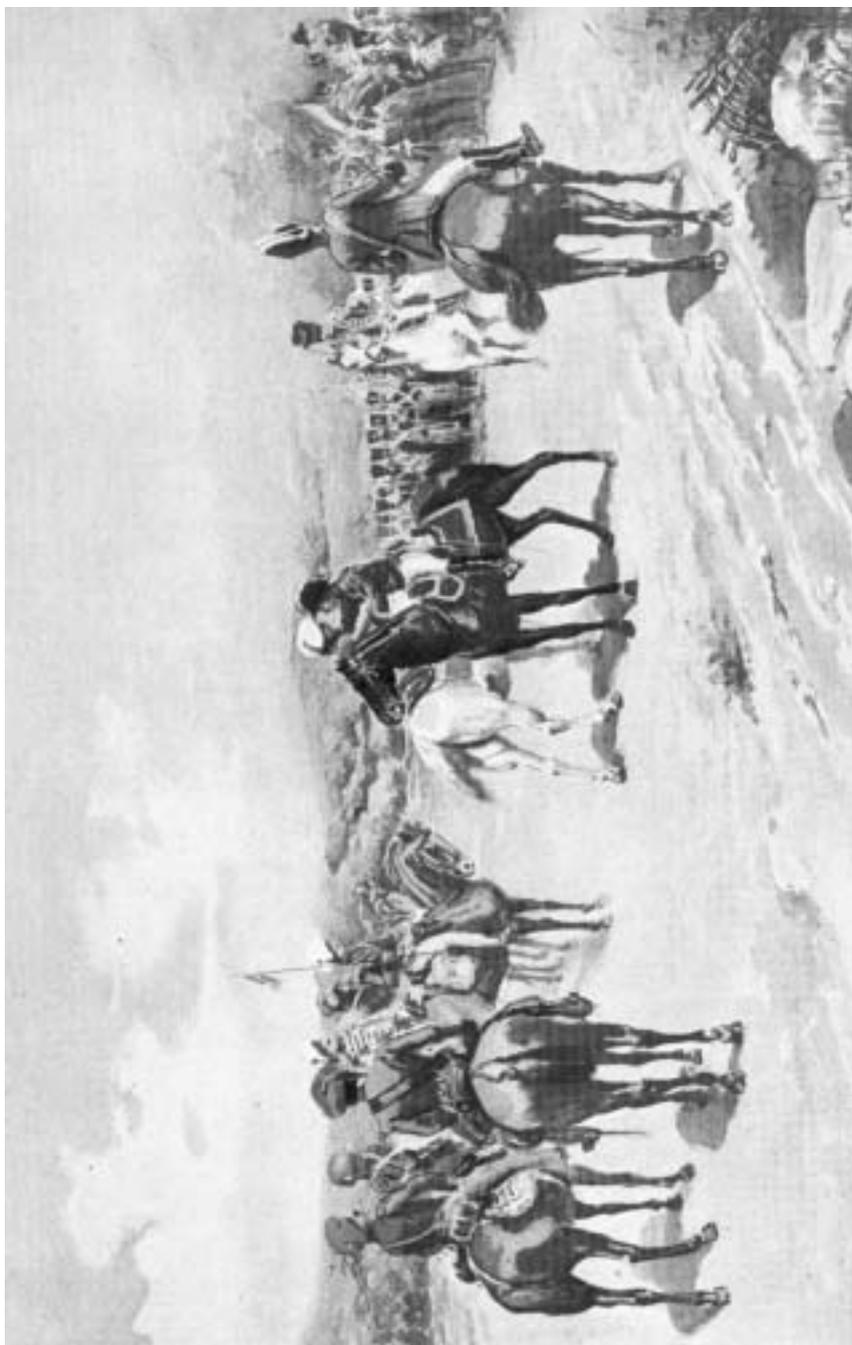
Teniente General don José Canterac Dorlic y D'Ornezan



El Virrey D. José de la Serna e Hinojosa. Conde de los Andes



El General Espartero revistando sus tropas antes de la batalla de Luchana



El abrazo de Vergara